

FBI

Selecciones



¡TU OPORTUNIDAD, FRACASADO!

MORTIMER CODY



**SELECCIONES
DEL
F. B. I.**

Mortimer Cody

**¡TU OPORTUNIDAD,
FRACASADO!**

© MORTIMER CODY
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)

Printed in Spain
Reedición

D. L. M. 23.909-1969.

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez 15 - MADRID - 18

CAPÍTULO PRIMERO

E

El fracaso es amargo. Muy amargo. En consecuencia, quien sufre el fracaso, es, casi siempre, un amargado. Casi siempre, porque depende de varios factores la recuperación del individuo.

Hay hombres que tienen mayor capacidad para recuperarse que otros, y saben volver a la lucha con el mismo ímpetu. También puede ser factor importante la edad. Si un hombre es joven, será mayor su facilidad de recuperación. Si ha pasado de los treinta... ya no es tan fácil.

Robert Tingley había pasado de los treinta años; de eso hacía cuatro años. Y empezaba a hundirse.

En aquellos momentos, Robert Tingley estaba mirando fijamente al jefe de la Delegación del F. B. I. en Austin, Texas. Le miraba muy fijamente, con el rostro crispado, y los puños apretados, hasta hacer blanquear los nudillos.

—Debes tomártelo con calma, Robert —gruñó el inspector Evans—. Yo no tengo la culpa de que en 1919 el Congreso aprobara la ley Dyer. Ya sabes... Cruzar fronteras interestatales con un vehículo robado constituye delito federal. Máxime cuando el coche en cuestión ha sido utilizado para la comisión de un delito.

Robert entrecerró los ojos. A través de los párpados era perceptible el brillo durísimo de sus pupilas grises.

—No sabemos si el coche ha sido utilizado para la comisión de un delito, señor —murmuró—. Tal vez sea solo un problema local.

—Lo siento, Robert. No es así. El coche fue robado en Seattle, Oregón. Y ha entrado en Texas. Ha cruzado Estados Unidos de norte a sur, trazando una bonita diagonal. En todo caso, el coche habrá sido sustraído con ánimo de lucro, lo cual es, también, asunto nuestro.

—Ya...

—Posees el número de matrícula, y otros datos, Robert. No te resultará difícil hallar el coche, y al ladrón, por supuesto.

Robert se incorporó lentamente, con gesto de cansancio. Aplastó el cigarrillo que había estado fumando en el cenicero que había sobre la mesa del inspector.

—Robert...

El agente del F. B. I. miró a su jefe.

—Robert, yo, en tu lugar, procuraría olvidar aquello —murmuró Evans—. Piensa que fue un simple tropiezo y deberías hacer algo por volver a ser, de verdad, Robert Tingley.

Las venas del cuello de Robert se hincharon; enrojeció su rostro.

—¿Debería hacer algo, señor? —inquirió, mordazmente—. ¿Qué oportunidades me han dado para rehabilitarme? ¡Ninguna! Eso es: ninguna. ¡Un coche robado...! El agente Robert Tingley, desde hace un año, solo se ocupa de coches robados y violaciones de derechos civiles... ¿Qué puedo hacer, señor? —casi gritó, furioso.

—Muchacho...

—Déjeme en paz, jefe. Buscaré ese coche; buscaré cincuenta coches, pero déjeme tranquilo... a menos que alguna vez me recuerde para algo importante... Como antes.

Robert se mordió los labios. Aquella espina, la espina de su fracaso, le mordía constantemente el pecho...

El inspector Evans suspiró.

—Tal vez pronto tengas la oportunidad de rehabilitarte, Robert. Particularmente, opino que no podemos tardar en entrar en guerra. Los alemanes se están haciendo los amos...

—Yo no pido oportunidades en una hipotética guerra, señor. Yo pido oportunidades en el F. B. I. —repuso, secamente, Robert.

—Comprendo muchacho —gruñó Evans—. Lárgate ya. De todos modos solo quería darte un consejo; ya sé que no te gusta hablar de esto.

—A nadie le gusta verse postergado, humillado, empleado en trabajos de novato. ¡Buscar un coche robado...! —respiró hondo—. Bien. Será preferible no seguir hablando de esto, jefe.

—Claro. Vete ya, Robert.

Robert obedeció. Abandonó el despacho del inspector y atravesó el vestíbulo de la Delegación sin mirar a nadie. ¿Para qué? Todos conocían su historia...

Cuando salió a la calle, encendió un cigarrillo, y echó a andar sin rumbo fijo. Aquel trabajo sería tan rutinario, tan estúpido, como todos los que llevaba realizando desde hacía casi un año.

Un coche robado en Oregón... Indagaría en estaciones de servicio, en garajes, repetiría una y otra vez la matrícula del vehículo...

Absorto en sus pensamientos, mezclado entre la gente que circulaba por Congress Avenue, en aquel suave atardecer, Robert Tingley tenía el propósito de dirigirse hacia el sur de la ciudad, cruzando el puente sobre el río Colorado.

Lo más probable es que los que habían robado el vehículo siguieran la dirección de Laredo, por ejemplo. Cerca de México.

Se encogió de hombros, Robert Tingley tenía unos hombros anchos, potentes, unas piernas largas y ágiles. Un rostro que, de ordinario, era agradable, atractivo virilmente, pero ensombrecido en aquellos momentos.

Sus pupilas, que antes expresaban ironía, ahora solo mostraban dureza.

Tenía el cabello castaño, con algunas canas en los aladares. Un tipo que podía llamar la atención, seguro. Vestía correctamente un traje gris, de chaqueta holgada, para disimular el bulto de la «Luger» que portaba bajo el sobaco izquierdo.

Robert Tingley empezaba la búsqueda.

* * *

Allí apegas llegaba la luz suave de las lámparas públicas de la ciudad, colocadas a 165 metros de altura, y que proporcionaban un ambiente extraño a la «Ciudad de la Corona Violeta», como así llaman a Austin.

Aquel hombre, que no había tomado demasiadas precauciones, se metió en aquella casa de Barton Springs. Una casa con un piso y jardín, de cuyas ventanas partía la luz interior.

—Asquerosamente fácil —gruñó Robert Tingley, mientras preparaba su «Luger», y se acercaba a la casa, bordeando el jardín, favorecido por las sombras—. ¿Lo ves, Robert? No has perdido facultades. Te ha bastado un simple vistazo a la ciudad, y ya estás encima de esos cochinos. Algún día recordarán que existes, Robert, y volverás a... ¡Bah!

El ambiente era silencioso, y Robert pisó con cuidado, acercándose a una de las ventanas. Cautamente, dirigió una mirada al interior de la casa.

Allí estarían todos aquellos puercos, seguro. Habían dejado el coche en un garaje y buscaron aquel alojamiento, seguramente con el ánimo de proseguir viaje después de medianoche.

De súbito, el agente del F. B. I. respingó.

Al recorrer el vestíbulo de la casa con la vista, las pupilas de Robert se detuvieron en un punto, en aquel hombre tendido en un sillón.

No tenía nada de extraordinario que el tipo estuviera echado en el sillón. No era eso. En cambio, aquella camisa llena de sangre... Exacto. Aquellas manchas solo podían ser de sangre.

Robert empezó a sonreír. Bien. Tal vez no fuese tan fácil como había imaginado... ¡Dios...! ¡Si aquello fuese una oportunidad...!

Tranquilo, observando el interior de la casa, Robert alzó la cristalera, y de un leve salto, apoyando la mano izquierda en el marco de la ventana, quedó sentado.

Dos segundos después, sin haber producido el menor ruido, estaba en el interior de la casa, a poca distancia de aquel hombre, que respiraba fatigosamente.

Se oían voces provenientes del piso superior; voces un tanto airadas.

El federal con la «Luger» en la mano, se acercó al herido. Este abrió mucho los ojos quiso gritar, pero la diestra de Robert se lo impidió, actuando como mordaza.

—A callar, ¿comprendes? —murmuró Robert, mirando fijamente al

tipo, mientras le apoyaba el cañón de la pistola en la sien.

Luego, se colocó detrás del sillón, con la vista fija en las escaleras que conducían al piso. Por fin, dejó de apretar con su manaza la boca de aquel tipo, que empezó a respirar ansiosamente, entrecortadamente.

—¿Cuántos hombres hay arriba? —inquirió en un susurro, Robert.

El tipo no podía contestar. Estaba gravemente herido. Solo sus pupilas, oscuras, parecían tener vida; un leve soplo de vida.

Robert miró el pecho de aquel hombre, y percibió los dos orificios de bala, muy juntos, sobre el corazón. De haberse desviado unos milímetros las balas...

—Está bien. Subiré a buscarles...

En aquel instante, un roce a sus espaldas le hizo girar velozmente. Fue sorprendida por un golpe en la muñeca derecha, que le hizo abrir los dedos, dejando escapar la pistola.

Aún no había reaccionado de la sorpresa, cuando un golpe en la barbilla le lanzó contra el sillón en que se encontraba el herido.

Un pistolón en la mano derecha obligó a Robert a soltar un aullido de dolor, mientras el tipo que le golpeaba reía silenciosamente.

Robert apretó los labios. ¡Maldito cochino! Aquello sembraría la alarma, y perdería su oportunidad...

Furioso, intentó incorporarse, consiguiéndolo después de esquivar un salvaje puntapié del individuo.

Intentó alcanzar a su contrario con un directo a la boca, pero le sorprendió la agilidad del tipo, y, nuevamente, la contundencia de sus puños, que pegaron dos veces seguidas en el estómago del agente especial y luego en la barbilla, derribándole.

Jadeando, con la vista algo nublada, Robert insistió en ponerse en pie, cuando una voz le contuvo:

—¡Quieto! ¡Te estoy apuntando al cogote, muchacho!

Robert permaneció inmóvil, mirando fijamente al tipo que le había tumbado. Difícilmente se olvidaría de aquella cara. Seguro. Era inconfundible aquella sonrisa, aquel rubio bigote que proporcionaba al rostro una expresión de estupidez.

Luego, lentamente, oyendo los pasos que se acercaban, se volvió. Bien. El tipo que le apuntaba con la pistola era el mismo al que había seguido. A su lado, había una mujer, sobre la que se clavaron las heladas pupilas de Robert.

—¿Quién eres? ¿Cómo has llegado hasta aquí, y para qué? —inquirió, secamente, aquel hombre.

Robert tardó unos segundos en responder. Estaba mirando a aquella gente, fotografiándola mentalmente.

La demora en contestar le costó un golpe en la nuca, asestado con el

canto de la dura mano del tipo del bigotito rubio. Los ojos de Robert se llenaron de lágrimas, entre las cuales, borrosamente, vio la burlona sonrisa de aquella mujer.

Una ira sorda, impotente, se apoderó de Robert. Una mujer... Él odiaba a aquella clase de mujeres...

El de la pistola, descargó un violento golpe con el cañón del arma sobre los labios de Robert, que estallaron en sangre.

El tipo rio secamente.

—Esperamos, muchacho —dijo—. No podemos perder tiempo, ¿comprendes? ¿Qué diablos buscas aquí?

Robert hizo un esfuerzo por serenarse. Echó una rápida ojeada a su alrededor, considerando cualquier posibilidad de poder salir de allí. Dijo:

—Pertenezco al F. B. I. Se os acusa del robo de un coche en Oregón. También posiblemente, tengáis que responder de las heridas de ese hombre —terminó, señalando al herido, aunque sin dejar de observar las expresiones de aquella pareja que tenía delante.

Vio palidecer ligeramente a ambos, y la burla que expresaban las verdes pupilas de aquella impresionante morena se convirtió en un frío destello.

Tras un ligero silencio, el que le amenazaba con la pistola, gruñó:

—Nosotros no responderemos de nada, imbécil. Y no creas que la mención del F. B. I. nos impresiona. Por varias razones. Una de ellas es la de que cuando descubran tu cadáver nosotros estaremos muy lejos.

La mujer se mordió los labios, muy rojos, gordezuelos.

—¿Le vas a matar? —inquirió, con voz gangosa, mirando fijamente a Robert.

—Naturalmente, muñeca —gruñó el tipo—. El F. B. I. se nos echará encima, de acuerdo, pero cuando ya nada puedan hacer contra nosotros. No hay peligro. Además, sería estúpido que fracasáramos solo por miedo a liquidar a este tipo.

El cerebro de Robert empezó a trabajar con celeridad. ¡Diablos! ¿Era posible que aquel tipo se propusiera matarle solo por el hecho de que había sido descubierto como ladrón de un coche? Tenía miedo a fracasar... ¿En qué?

Al estudiar la expresión de aquel hombre, Robert adivinó el peligro.

Se movió ligeramente, de modo que con el rabillo del ojo pudiera ver al del bigote. No iba a dejarse matar estúpidamente. Además, era posible que aquellos tipos pudieran huir, puesto que la casa estaba bastante lejos del centro, casi junto a la carretera general.

Fríamente, aquel hombre alzó la pistola, en el momento en que intervenía la mujer.

—Espera, Elmer... No cometas una locura...

Fue un solo segundo el tiempo que aquel hombre desvió su atención de Robert.

Para el federal fue suficiente. Se arrojó contra aquel tipo, desviándole el arma, mientras su puño derecho se clavaba brutalmente en el estómago de Elmer, haciéndolo boquear angustiosamente.

Sin transición, Robert se dejó caer de rodillas, mientras la bala que el del bigote había disparado zumbaba sobre su cabeza.

El grito de la mujer coincidió con el rapidísimo movimiento de Robert, que saltó hacia el sillón que ocupaba el herido, detrás del cual estaba su «Luger».

Se oyeron dos sordos estampidos, y el gemido de agonía del herido; una de las balas se había alojado en su cabeza, al efectuar un movimiento imprevisto.

Sonaron maldiciones. Brillaban los fogonazos. Las pistolas, provistas de silenciador, apenas hacían ruido, excepto cuando la «Luger» de Robert entró en acción.

Robert, frenético, perlada su frente por brillantes gotitas de sudor, apretó varias veces el gatillo de la pistola.

Una de las balas se clavó en una pierna del rubio, quien soltó un penetrante aullido y se dejó caer al suelo, quedando con media cuerpo visible para Robert.

El muchacho volvió a disparar, y vio la brusca sacudida que experimentó aquel cuerpo. A continuación, tuvo que aplastarse contra el sillón, esquivando las balas de Elmer, ya nervioso, que se movía cautelosamente, buscando una posición más favorable.

Entre tanto, la mujer había reaccionado. Resonó el rápido taconeo de sus zapatos, cuando se alejaba hacia una habitación contigua. Robert vio aquellas piernas, casi perfectas. Estuvo a punto de estropear aquella obra de arte, dado que la mujer no iría muy lejos. Seguro ¿Acaso no estaba allí Robert Tingley...? ¡Bah...!

Disparó contra Elmer, obligándole a aplastarse en un rincón. Oyó la voz del tipo, que vibraba de ira:

—¡Abby, puerca...! ¿Me vas a dejar así? ¡No intentes traicionarme! ¿Lo oyes...?

Resonó una carcajada al otro lado del vestíbulo.

—No debiste pensar en matar a ese hombre, Elmer... Además, debes comprender que es estúpido creer que por el mero hecho de que te liquiden a ti se va a perder el negocio.

Robert apretó los dientes. Si la mujer huía sería difícil dar nuevamente con ella. Intentó moverse, pero las balas de Elmer le obligaron a ocultarse de nuevo, cegada toda posibilidad de salir de allí. Furioso, Robert, gritó:

—¡Entrégate, estúpido...! Vamos a perder la oportunidad de...

Le interrumpió violentamente el par de balas que se clavaron en el sillón, a dos pulgadas de sus narices. Robert maldijo furiosamente. Aquel desgraciado lo iba a estropear todo. No solo se estaba jugando el pellejo, sino que iba a permitir que la mujer se largara...

—¡Abby...! —chilló, desesperadamente, Elmer—. ¡Abby...! Maldita seas, perra... Debí imaginarme que buscarías la mejor oportunidad de largarte con el puerco de tu amante... Pero espera, aún estoy vivo...

Los oídos de Robert Tingley estaban alerta, como pantallas. ¡Diablos! ¿Qué significa aquello? Bien, había que actuar con rapidez. Impedir a la tal Abby, la de las piernas esculturales, que se largara de allí.

Robert, sereno, decidido a triunfar, abandonó de un salto su refugio, y quedó casi frente a Elmer cuyo rostro estaba empapado de sudor. Dispararon casi al mismo tiempo, pero la bala de Robert fue mucho mejor disparada. Se clavó en el centro del pecho de Elmer, cuya camisa empezó a teñirse de rojo, mientras se desplomaba, haciendo esfuerzos por apretar el gatillo. Robert no disparó de nuevo. Ni hablar.

Debía averiguar muchas cosas, o algunas, por lo menos, antes de que la vida de Elmer se acabara. Se limitó, por tanto, a acudir rápidamente junto al herido, y soltarle un puntapié en la mano armada.

Luego, se inclinó junto a él.

Le apremió:

—Vamos Elmer, tienes que hablar... de qué negocio hablaba esa muchacha. ¿Dónde se dirige? ¿Qué significa...?

Se interrumpió. Apretó furiosamente los puños. Aquel imbécil se estaba muriendo, y no iba a soltar palabra. Y la chica ya estaría lejos... ¡Malditos! Zarandé a Elmer.

—Óyeme, animal, te estarás muriendo. La pájara te ha tomado el pelo. ¿Vas a guardar el secreto? Mira, te haré hablar, aunque tenga que romperte la cara antes de morir... Yo necesito. Oye... te vengaré, estúpido...

Robert, sudoroso, angustiado, notaba que se le iba a escapar de la mano algo que, seguramente, valía la pena. ¡Dios...! Aquello, un triunfo, era, precisamente, lo que necesitaba para ser de nuevo Robert Tingley...

Ansiosamente, escrutaba el rostro del herido, muy pálido. En el vestíbulo de aquella casa, truncado el silencio, solo era perceptible la agitada respiración de Elmer.

—Elmer... tal vez pueda hacer algo por ti...

Elmer le miró unos instantes. Sus labios se movían, como si pretendiera hablar. La mancha de sangre de su camisa se iba extendiendo escandalosamente.

—Sí... sí —consiguió balbucir—. Ella... ella se llama Abby... y...

—Eso ya lo sé —gruñó, conteniendo su impaciencia, Robert—. ¿De qué se trata? ¿Adónde va esa mujer? ¡Vamos, Elmer... maldito seas!

¡Tienes que hablar...!

Le pegó dos duras bofetadas, que hicieron oscilar la cabeza de Elmer. Por las comisuras de sus labios resbalaban ya dos hilillos de sangre.

—Gal... galveston —musitó, casi inaudiblemente.

—Galveston... sí. ¿Qué más? —casi aulló frenético, Robert.

—La... la mercancía...

La cabeza de Elmer quedó pendiendo hacia la izquierda, sin vida. Los ojos de aquel hombre, muy abiertos, apagados ya, miraban al techo del vestíbulo.

Robert dejó el cuerpo en el suelo, mientras su cerebro registraba velozmente todos los detalles de lo ocurrido. Estaba ya convencido de que allí había algo más que el simple robo de un coche. Abby, su huida cuando las cosas se habían puesto mal. Galveston, la mercancía... Al parecer, la tal Abby tenía un amante...

—No es mucho, Robert, pero tú la encontrarás. Seguro. Galveston no es muy grande, ¡y aunque lo fuera, maldita sea! Tienes que hacerlo, Robert. Lo necesitas, ¿comprendes? —se decía—. Yo demostraré que aún puedo ser alguien en el F. B. I.

R

OBERT Tingley tomó el aparato telefónico.

Una vaga sonrisa distendió sus labios. Esperó unos instantes, sin perder de vista los muelles de Galveston, que se veían bastante bien desde la ventana de la habitación del hotel en que se había alojado, en la 37th Street.

Una voz femenina, le había anunciado su conferencia con Austin, y allí estaba ya la voz del inspector Evans.

—¿Eres tú, Robert? —inquirió la voz de Evans.

—Sí, jefe. ¿Averiguó la identidad de los tres cadáveres?

—Seguro, Robert. Elmer Donnet, Clay Sullivan y Alfred Werner. Este último, el del bigote rubio, es descendiente de alemanes. Los otros dos tienen ficha bastante vulgar. Líos de poca monta, ¿comprendes? Oye, Robert... ¿hay alguna razón especial que te haya inducido a trasladarte a Galveston? —inquirió, con cierta dureza, Evans.

Robert tardó unos segundos en responder:

—Creo que sí, señor. Ya lo expliqué, antes del traslado aquí, lo que había en el asunto del coche. La chica se largó con el vehículo, tal vez con la mercancía, que aún no sé de qué se trata, y dejando detrás de ella unos cuantos muertos. Casi seguro, señor, que se trata de algo importante. Ya sabe... muchas veces, el F. B. I. ha tomado el pretexto del robo de un coche para inmiscuirse en asuntos de importancia...

—Sí, comprendo, Robert. Oye... En fin, no es grato tener que hablarte así, muchacho, pero sabes cuáles son las órdenes que tengo. Tú no deberías ocuparte de...

—¿Hay algo de la tal Abby, jefe —interrumpió Robert.

—No... no. Con los datos que nos has facilitado poco podemos hallar. Robert... lo siento, pero voy a darte una orden.

Robert sintió que se le paralizaba la sangre. Se mordió con fuerza los labios. Gruñó:

—Usted, jefe, no puede privarme de esta oportunidad. Debe comprenderlo. ¿Usted no se ha preguntado nunca por qué sigo yo en el F. B. I.? He permitido que me humillen por dos razones. Una: odio a los asesinos. Dos: necesito recuperar la confianza en mí mismo. Señor... esta es una buena oportunidad. Lo presiento. Para mí sería muy fácil dejar el servicio, y vivir cómodamente de mis rentas. Yo tengo mucho dinero, jefe, y usted lo sabe. Eso... eso sería indigno.

Robert se enjugó con la manga de la camisa el sudor que perlaba su frente. Hubo unos instantes de silencio al otro lado del hilo. Al fin, la voz

de Evans:

—Lo siento, Robert —murmuró el inspector—. Te juro que lo siento, muchacho, pero...

Robert Tingley separó el auricular de su oído. Despacio, sin querer oír más, colgó el auricular.

Permaneció inmóvil junto al teléfono un par de minutos. Luego, lentamente, encendió un cigarrillo, y se llenó un vaso de ginebra, que bebió a pequeños sorbos, pensativo.

—Ya lo ves, Robert —se dijo, con amargura—. Estás aquí, como aquel que dice, fuera de la Ley. ¿Por qué? ¿Por qué te han de privar de la oportunidad de volver a ser el mismo? Un fracaso. Sí, un fracaso... ¿Lo habías olvidado, Robert?

Se miraba al espejo, arreglándose el nudo de la corbata oscura. Luego se peinó y echó una ojeada a aquella imagen. Aparentemente, era el mismo. Pero algo había cambiado. Algo importante.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Robert.

—Claro, muchacho —musitó—, por tu culpa murieron dos de tus compañeros. En realidad, es como si les hubieras matado tú mismo. Ahora, el inspector Evans tratará de impedir que sigas adelante en esto. No... Tienes que darte prisa. Robert...

Comprobó la carga de su «Luger», y luego se puso la chaqueta.

Poco después, salía a la calle.

Treinta y cuatro años de experiencia, de fuerza. ¿Todo se iba a estropear por un solo hecho?

—¡Bah! Deja de pensar en ti mismo. Deja de compadecerte de una maldita vez.

Tomó un taxi, que, desde el hotel le condujo, por la carretera, hasta el famoso «seawall» de Galveston. Allí era donde abundaban los «clubs», la mezcolanza de gente. Era allí donde se tramaban los sucios negocios portuarios de la ciudad. Seguro.

Ordenó al taxista parar frente al «Turi-Grill», un antro que penetraba en la playa y donde todo era luz, color, música. Al entrar allí, Robert sintió que se disipaba un tanto su amargura.

Se acercó a la barra, y pidió «gin». Un doble.

Mientras bebía, observó los movimientos de la gente. Parejas a los que la música ayudaba a encontrar ambiente para el amor; mujeres con vestidos escotados, deportivos, algunas con «shorts», intentando olvidar el calor de aquella noche. Tipos que soltaban los billetes con una facilidad extraordinaria.

Era evidente, para Robert, que aquellos billetes los habían ganado los padres de aquellos muchachos, o bien que estos los obtenían con excesiva facilidad.

Y Robert sintió cierta nostalgia.

Nostalgia de París. París, sí. Allí había sido donde probablemente, se había decidido su destino. Rue Clichy, la «butte» de Montmartre; el corazón de «Ville Lumière...». Plaza Blanca; «Moulin Rouge». Sí. Allí había sido.

De súbito, Robert notó un peso en su cuerpo. Alguien se había apoyado en él; alguien que parecía incapaz de tenerse en pie por su propio esfuerzo. Una muchacha.

Robert la agarró por los hombros y la dejó afirmada en la barra. Iba a desentenderse de ella, pero le llamó la juventud de la chica. Y... ¿por qué no reconocerlo? Le llamó también la atención aquel rostro juvenil, bonito, de enormes ojos azules, algo turbios por el alcohol. La muchacha le devolvió la mirada, e intentó sonreír.

—Per-perdone... —masculló, con voz pastosa.

—Oye, pequeña, ¿no crees que abusas un poco? —gruñó Robert.

—¿Abusar? —inquirió, sorprendida, la chica.

—Apestas a «scotch».

—¡Oh...! Bien... Oiga, ha de saber una cosa; Mi padre me ha echado de su lado... Por unos instantes, claro. Quizá un par de horas. Y yo... Bueno, yo no sé cómo gastar el dinero de mi padre. Eso es todo... No. No es todo. ¿Sabe una cosa? Los hombres son insoportables. Especialmente, cuando hablan de negocios —suspiró hondamente—. Y mi padre ahora está hablando de negocios.

Robert la miró con mayor interés.

—¿Cuántos años tienes, pequeña?

La chica sonrió. Hizo señas al camarero.

—Otro «scotch», Peter —luego, se volvió hacia Robert—. Tengo veintidós años, ¿sabes? Mayor de edad...

—Ya. ¿Quieres que te lleve a tu casa?

Joyce parpadeó, asombrada.

—¿Mi casa? Hace tiempo que vivo en un yate. El yate de mi padre, señor...

—Robert Tingley.

—Me gusta, Robert... Y dígame, ¿qué otra cosa puede hacer una mujer para divertirse aquí? Voy a decirle un secreto: yo antes era más feliz. ¿Bailamos?

—¿Te crees en condiciones? —inquirió Robert.

—Podemos probar.

—Bien...

Robert arrastró a Joyce hasta la pequeña pista. Seguía la tanda de lentos, y las luces, rojizas, prestaban una enervante intimidad al ambiente.

Robert apretó contra el suyo el cuerpo de aquella muchacha. Sintió muy cerca de él aquella sedosa cabellera clara, que olía a limpio a algo joven.

Interiormente, maldijo el cochino vicio.

—Me llamo Joyce —murmuró la joven—. Joyce Toombs.

Y Robert vio aquellos labios tersos, algo reseco por la bebida entreabiertos, invitadores. Robert pensó que hubiera sido ridículo despreciar aquella juventud. Se inclinó y la besó ligeramente.

—Parece que me siento más feliz, Robert —suspiró la joven—. No se encuentra a diario un hombre como tú. Y menos con mi padre... Aunque supongo que él no debe aburrirse tanto como yo. La verdad, querido, yo no tenía idea de que las mujeres hermosas se dedicaban también a los negocios.

Robert sintió que se precipitaban ligeramente los latidos de su corazón. Y no por tener en brazos a aquella muchacha, precisamente, aunque, desde luego, valía la pena.

—¿Dónde está el yate de tu padre, Joyce? —inquirió, fingiendo indiferencia.

—Aguas adentro del Golfo de Méjico... Oh, Robert —siguió, con fastidio—. ¿Vas a decirme ahora que también te interesan los negocios?

—Tal vez.

La muchacha se separó ligeramente de él, y le miró a los ojos. Vio unas pupilas grises, duras, oscurecidas extrañamente. Joyce sintió un leve estremecimiento.

—Eres un hombre extraño, Robert —murmuró—. Me haces sentir insignificante. La verdad... das la sensación de que me tienes en tus brazos como a una escoba o algo así.

—Te acompañaré al yate, Joyce.

—¿Tan pronto? Has derrumbado mi sueño, Robert.

—¿Vamos?

—Como desees, querido —suspiró la joven.

Robert, sintiendo latir sus sienes, arrastró a Joyce hacia la salida, después de abonar el gasto. El aire exterior alivió un tanto la tensión del agente del F. B. I. Allí, muy cerca, rompían las casi insignificantes olas, y el rumor de la playa llegaba a sus oídos.

—En el embarcadero me espera una motora, Robert —dijo Joyce—. Ha sido maravilloso encontrarte esta noche. Aún me parece estar oyendo los compases del «fox»... Creo que es la primera vez que no maldigo la repentina buena suerte de mi padre. Robert... ni siquiera me escuchas, querido.

Robert sonrió duramente. Aquella estúpida estaba en un error. La agarró de un brazo, y la miró fijamente a los ojos.

—Joyce, ¿a qué se dedica tu padre? —inquirió, secamente.

—No... no sé, querido... Yo solo me ocupo de gastar dinero. Puedes preguntárselo a él. Pero... ¿no crees que te comportas de un modo raro?

Bésame otra vez, Robert.

Robert se dejó arrastrar por la tentación. Esta vez el beso fue más largo, más intenso.

Mientras besaba a aquella muchacha, un sinfín de pensamientos desfilaban vertiginosamente por el cerebro de Robert. Una llamada de alarma. Eso era. Tal vez Joyce no fuese tan inocente como pretendía aparentar.

Poco después, llegaban al embarcadero, donde una motora de líneas esbeltas aguardaba. Se distinguió la brasa de un cigarrillo, trazando un arco.

Un hombre, que vestía pantalón oscuro y camiseta a rayas horizontales, tipo marinero, ayudó a Joyce a descender a la motora, y luego, sin prestar atención a Robert, se dirigió a su puesto. Un minuto después, el motor roncaba ensordecedoramente, y la embarcación se ponía en marcha.

Arriba, parpadeaban las estrellas. Atrás, quedaban las luces de Galveston. Y allí, junto a Robert, en un rincón de la motora estaba Joyce, muy apretada contra el muchacho.

Robert dejó que le chica soñara, mientras él daba vueltas a su cerebro.

Existían detalles que, tal vez, pudieran conducir a algo concreto. Desfilaban por el cerebro de Robert: una chica repentinamente afortunada, a la que su padre echaba cuando debía tratar de negocios, en los cuales, al parecer, participaban mujeres hermosas.

¿Acaso no era hermosa la tal Abby? ¿A qué se debía el repentino cambio de fortuna del tal Toombs?

No se perdía nada con echar un vistazo a aquel yate anclado en aguas del Golfo de Méjico. ¿Qué negocios había que tratar allí?

Robert empezó a sonreír. Negocios sucios, maldita sea. Seguro. Y aquella joven lagarta le estaba engatusando. Quizá le estaba preparando una trampa. Nada imposible, desde luego. Quien desee tener vigilada la ciudad de Galveston, puede hacerlo sin demasiado esfuerzo.

—Robert...

El susurro de la joven interrumpió sus pensamientos. Robert la miró con aquella ironía de antaño, no exenta de dureza.

Joyce pareció advertir el leve cambio de actitud de Robert, lo cual al agente especial le reveló que la joven no estaba tan borracha como había pretendido hacer creer.

—¿Qué, pequeña? ¿Acaso me quieres? —sonrió Robert.

—Oh... —suspiró Joyce—. ¿Vas a burlarte de mí?

—Voy a romperte la cara, muñeca —gruñó Robert—. Reconozco que, pese a mis treinta y cuatro años repletos de experiencia, has estado a punto de engañarme...

El grito de Joyce, mezcla de sorpresa y de miedo, llamó la atención

del piloto de la motora, quien se volvió rápidamente.

Robert ensanchó su burlona sonrisa. ¿Acaso él no había estado esperando aquello? Naturalmente...

Vio el destello del arma que empuñaba el marino, y allí, directo, fue el canto de la mano izquierda de Robert, mientras con la derecha golpeaba en la garganta del tipo, que cayó sobre el timón, maldiciendo furiosamente. Esquivó un nuevo golpe de Robert, y se precipitó hacia su pistola, pero un puntapié en pleno rostro le obligó a alzar vivamente la cabeza.

Robert, tambaleante en la veloz motora, sin director en aquellos momentos, no pudo evitar que el tipo le devolviera dos de los golpes.

Fueron dos cortos, uno al estómago, y otro a la barbilla, que dejaron al del F. B. I. sobre la borda.

Robert pudo apartarse cuando el otro se disponía a arrojarle al agua. Al propio tiempo, consiguió agarrarle un brazo, y mediante una ligera presión, el tipo tuvo que saltar a menos que prefiriese partirse un brazo. El salto del marinero fue completo, gracias al puñetazo que Robert le asestó en la barbilla.

Se oyó un grito de miedo, y luego el choque de un cuerpo contra el agua. Por fin, dominó el rugido del motor, ahogando cualquier otro sonido.

Robert jadeando, brillante la frente a causa del sudor; se hizo cargo del timón, reduciendo la marcha, y cambiando el rumbo de la motora. Luego, sonriendo con mordiente ironía, se acercó a la joven, que le miraba con los ojos muy abiertos.

—Joyce... pequeña, estás preciosa así, a la luz de la luna. ¿No es encantador este paseo? —se esfumó su sonrisa—. ¿Lo ves, chica? Aún jadeo. Soy casi viejo ya... Es difícil que una elementa como tú pueda engañarme, fingiendo amor, ¿o tal vez no lo fingías? ¿Sabes una cosa, Joyce?

La voz de Robert se había tornado dura, cortante. La chica se estremeció ante la mirada helada de aquellas pupilas.

—Robert, yo...

—Tú, pequeña, debes saber una cosa, antes de que la emprenda a bofetadas contigo, ¿comprendes? Mira; bueno, ¿supongo que sabes quién soy?

—Sí...

—Estupendo, pequeña. Así me gusta; que no niegues la verdad. Yo estaba destacado en París, muchacha. Bien. En cierta ocasión, tuve un trabajo consistente en recuperar el dinero de un asalto efectuado a un banco federal, ya que los cochinos ladrones se largaron a París, creyéndose a salvo. Dos de mis compañeros fueron en mi ayuda... ¿Sabes lo que pasó? Sencillo: por primera vez en mi vida, me dejé engañar por una mujer. Y te juro que será la última... Bien, Decía que la muy puerca me tomó el pelo;

me tendió una trampa en su habitación, en la que murieron mis dos compañeros. Y ella desapareció, dejándome aplastado, hundido por el fracaso. Me ordenaron regresar, y me han destinado a Austin, con misiones de novato. A mí, que era uno de los mejores agentes del F. B. I.

Robert suspiró.

¡Diablos...! Había que reconocer que la chiquilla aquella era impresionante. Grandes ojos... lástima que solo brillase miedo en sus pupilas... Unos labios gorditos, preciosos. Precioso busto también...

—Dirás, pequeña, que esta historia no tiene nada que ver con lo que está ocurriendo. Yo te digo que sí. Por una razón: os odio a todos vosotros. ¿Está claro? Y te la he explicado porque tal vez no haya necesidad de marcarte mis dedos en tu fina cara, y hables por voluntad propia. Adelante.

—Robert...

Robert soltó una carcajada.

—¿Vas a insistir en tu amor por mí, Joyce, pequeña?

—Pero... yo no sé nada, Robert... Es cierto que mi padre me echó cuando iba a hablar de negocios...

La bofetada restalló secamente, y el hermoso rostro de la muchacha quedó con un lado muy rojo, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Salvaje... —susurró la joven.

Robert se incorporó de junto a la muchacha, y detuvo a la motora. El silencio repentino se hizo casi palpable. Luego, empezó a oírse el rumor del agua del mar.

—Así nos entenderemos mejor, pequeña —gruñó Robert—. No dudo que tu padre te echara de su lado. Eso no. Pero lo que quiero saber es quién te ordenó que me llevases al yate. Está bien claro que era eso lo que pretendías.

—No entiendo nada, Robert... —musitó la muchacha, asustada, comprendiendo que Robert no bromeaba. Además, aquellas pupilas frías... —. Fue George quien me pidió que desempeñara la farsa...

—¿George? —gruñó Robert.

—George Manners. Parece que tiene negocios con mi padre, y... Bien. Me gusta, ¿comprendes? Por ayudarle a él, hice esto.

Robert pensaba frenéticamente. Bien. Tal vez aquello le condujera a algo. ¿Por qué no? Había que hacer una pregunta:

—¿Sabrías describirme a esas mujeres hermosas que tienen tratos con tu padre, y al tal George?

—Creo que sí... Ella... ella es muy hermosa. Tiene los ojos verdes; es morena... George es alto, viste con mucha elegancia, y tiene el cabello oscuro, al igual que los ojos. Es guapo, varonil...

—¡Vete al diablo, estúpida! —gruñó Robert.

Y, en aquellos momentos, se precipitó sobre la muchacha, tapándole la

boca con una mano, mientras, cerca de allí, se oía el rugido del motor de una embarcación, que se dirigía hacia la costa.

Echados en el fondo de la motora, Robert tuvo la seguridad de que no habían sido vistos. Lo que sí noto de nuevo fue la esplendidez, la firmeza del cuerpo de Joyce, que jadeaba, con los ojos muy abiertos.

—Es de suponer que eran ellos, pequeña. Y se largan, maldita sea. Bueno... ¿Dónde se aloja el bello George? —ironizó.

—En el hotel «La Cruz», cerca... cerca de la «seawall». En cuanto a la mujer, no lo sé. La he visto esta noche por primera vez.

—Ya... Oye, Joyce, ¿de veras no sabes de qué negocio se trata? ¿No sabes que tu padre está jugando con fuego? ¿No sabes nada de eso? ¿Eres tan inocente o tan estúpida?

Joyce parpadeó. Inclino la cabeza.

—Sé algo. Muy poco, Robert —musitó—. Lo suficiente para comprender que mi padre realiza negocios sucios. Y tengo miedo, Robert. Ahora, tú, del F. B. I... No sé qué hacer, Robert. ¿Qué puedo hacer?

Robert maldijo entre dientes, Bah! ¡Al diablo la muchacha! En cuanto le echara el F. B. I. el guante a su padre, ella volvería a su vida normal y se acabó. Y si ya no podía, allá ella.

—De momento —gruñó Robert—, vamos a regresar a la costa. Imagino que nada tengo ya que hacer en el yate. Ese George no ha tenido mucha paciencia, ¿eh? Ni siquiera ha esperado a que me llevaras allí...

—Pero, Robert...

Zumbó el motor, y la embarcación, a enorme velocidad, surcó las aguas, desplazando la blanca espuma a ambos lados.

Unos minutos después, llegaban a la costa, lejos del embarcadero. Robert, burlón, besó la punta de la nariz de Joyce, y se echó a reír.

—Lamento que esto haya acabado así, muñeca. De veras.

—Robert... ¡Robert! ¡No sé cómo funciona esto...! ¡Robert!

M

OSTRANDO una burlona sonrisa, Robert se alejó rápidamente de la playa, dejando a Joyce en plena pataleta.

Allá ella, si no sabía manejar la motora. Ya irían a buscarla. Además, una noche de reflexión al aire libre tal vez le conviniera.

Seguro, la reflexión es algo importante.

Encendió un cigarrillo y fumó placenteramente. No estaba muy lejos del lugar en que radicaba el hotel «La Cruz». Aquel George...

Seguro que el hotel de marras sería uno de los que miraban a la playa, con su pérgola, música casi toda la noche, hermosas mujeres ansiosas de placeres... Seguro. Y bien, ¿a qué malditos diablos se dedicaba el tal George para poder vivir con aquel rumbo?

—Tranquilo, Robert. Lo sabrás muy pronto. Has empezado estupendamente. Esa mujer de los ojos verdes no puede ser otra que Abby. Y el tal George su amante, todo encaja. Y esa desgraciada de Joyce... ¡Bah! Y el negocio se va a desarrollar en el yate, contra entrega de la mercancía. Todo claro, Robert.

Pensó unos instantes en el inspector Evans. Seguro que el viejo le habría llamado por lo menos media docena de veces al hotel.

—Lo siento, jefe. No puedo perder tiempo. Lo juro.

Caminó por el borde de la playa, hasta estar cerca de los luces de la serie de hoteles playeros. Y vio el luminoso que anunciaba el hotel «La Cruz». Seguro. Uno de los mejores de Galveston.

Atravesó la carretera, abarrotada de coches aparcados, y se dirigió hacia la arboleda, en la que lucía el enorme cartel del «Texas Gulf Coast». Un poco a la derecha, estaba el hotel.

Muy bien. Él también podía alojarse en aquel hotel. Le sobraba el dinero, si bien es cierto que Robert no había ganado nunca más que su sueldo del F. B. I.; lo demás, era cosa de su padre. Las naranjas en California eran algo realmente productivo y honrado, claro.

Penetró en el vestíbulo del hotel, tras de asegurarse que no sería descubierto por aquella pareja. Tomó una habitación, y poco después se estaba duchando con agua fría, templando sus nervios.

Encendió un cigarrillo, y tomó el teléfono para pedir una botella de ginebra.

La criadita gritó, asustada, cuando notó en su mórbido brazo la mano de Robert. Este sonrió anchamente.

—No te asustes, paloma —dijo—. Deja la botella, ahí, sobre la mesita. Eso es. Eres preciosa, pequeña. ¿Sabes una cosa? He descubierto que merodeas mucho por las habitaciones. ¿A qué te dedicas? No me gustaría enterarme de que alguno de los huéspedes le falta algo, ¿comprendes?

La muchacha enrojeció violentamente, lo cual favorecía a su cutis, al brillo intenso de sus negrísimos ojos. Sus bonitos labios empezaron a temblar.

—Oiga... usted se equivoca. Yo... —su balbuceo fue bruscamente cortado por Robert.

—A callar, muñeca. Vamos a hacer un trato. Muy sencillo, por supuesto.

La chica empezó a cambiar de actitud. Bueno, después de todo, aquel tipo de rostro agradable, favorecido por aquellas canas en los aladares, no estaba nada mal. Y debía tener dinero. Todos los que se alojaban en aquel hotel tenían dinero.

Clara sonrió. Se sentó, mostrando unas formidables rodillas.

—Se trata, simplemente, de que me digas en qué habitación se aloja un tal George. Y también una mujer llamada Abby.

La decepción se pintó en aquel bonito rostro.

—¿Solo eso? —inquirió.

—Solo, muñeca. Encima te daré diez dólares, y claro está guardaré silencio respecto a tus merodeos...

La joven suspiró.

—¿Cómo... cómo me ha descubierto? —inquirió.

Robert sonrió irónicamente. Dijo:

—Pues... bien; no es que te haya visto, sino que lo supuse. Una ventaja de mi experiencia ¿comprendes? Una muchacha como tú no se resigna a trabajar en un hotel, a menos que obtenga beneficios interesantes.

Enrojeció de nuevo Clara, furiosa.

—¡Cochino! —casi gritó.

—No te pongas así, pequeña... —Robert se llenó un vaso de ginebra y bebió un sorbo—. Después de todo, lo que te he propuesto es sencillo, e interesante, ¿no crees?

—Claro...

Clara se incorporó, privando a Robert del espectáculo de las soberbias rodillas. Aunque lo demás, cubierto de ropa, claro, se adivinaba que no estaba nada mal.

—Está bien. Vengan los diez dólares. El tal George se aloja en la habitación 452, en el segundo piso. La tal Abby, en la 512, en el cuarto, es decir, en este mismo.

—Estupendo, pequeña.

Le tendió un billete de diez dólares, que la chica se apresuró a hacer desaparecer en el escote.

Robert, tranquilo, sonriendo, le atizó una suave palmadita en la parte carnosa, y la empujó hacia la puerta, ignorando la ira de la chica.

Cuando quedó solo en su habitación. Robert suspiró. Todo iba bien, de momento.

Procedió a vestirse. Apuró el vaso de ginebra, y se dispuso a salir al pasillo. Él tenía la habitación 535, por lo que calculó que la de Abby quedaba a su izquierda y enfrente.

Tal vez la mujer estuviera sola...

Allí estaba la habitación. Suavemente, Robert llamó con los nudillos a la puerta. Se resignó a esperar cuando menos un par de minutos, y por eso le sorprendió que la puerta se abriera casi inmediatamente.

Maravilloso aquel rostro de mujer. Lástima...

Antes de que Abby pudiera reaccionar, la bofetada asestada por Robert la lanzó hacia el centro de la habitación, con la mejilla muy roja, y una expresión de estupor en aquellas pupilas verdes, exóticas.

—Hola, bombón —sonrió Robert, mientras cerraba la puerta de un taconazo—. Me ha parecido observar que esperabas a alguien. Sí. ¿No será a George?

—Pero...

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —se burló Robert—. Fue fácil, bombón. Muy fácil. Y no intentes disimular, porque tú ya sabías que yo estaba aquí. ¿Acaso el desgraciado de George no envió a Joyce a engatusarme? Bien... No vamos a perder el tiempo, preciosa.

—El... el coche lo lancé al mar... a la West Bay, a través del puente. Lo... lo pagaré...

—Uh. Claro. Seguro —sonrió Robert—. Y otras muchas cosas. Acércate. ¿Tan feo soy que te doy miedo? Estás preciosa esta noche, Abby. ¿Esperabas a George? Me alegro, palabra.

Abby empezó a reaccionar. Volvió el color a su rostro y se sentó en un sillón, frente a la ventana que daba al mar. Su bata azulada, ligeramente transparente, se abrió. ¡Bah! ¡Qué estúpida...!

Robert se acercó a ella. Le asestó una nueva bofetada, que hizo oscilar el rostro de la mujer.

—Oye, tú, a mí no me impresionas —gruñó—. La porquería que encierra tu cuerpo resérvala para que se pudra entre rejas, o para el cerdo de George. Al grano, muñeca: ¿Qué negocio te traes entre manos? ¿Qué mercancía es esa? Te advierto una cosa: Estoy deseando que no me contestes, para poder ponerte la mano encima, ¿comprendes? Las fulanas como tú me dan asco. Vomitaría, ¿sabes? Aquí se trata de lo siguiente:

Necesito saber de qué se trata, ¿comprendes? Y no vuelas a repetir que el coche lo arrojaste al mar, porque eso me importa un bledo.

Abby se había ido serenando. Incluso sonreía.

—Comprendo —murmuró, mientras encendía un cigarrillo—. Tú eres uno de esos sabios del F. B. I., ¿no? Bien. Voy a reconocer que me has sorprendido. Te creí en el yate. De todos modos, no podrás salir con vida de este asunto. O tal vez sí, si dejas de meter aquí las narices. En el mejor de los casos, no podrás hacer nada hasta que el negocio esté liquidado.

La furia de Robert subió de grado, hasta tal punto que su rostro enrojeció. Se acercó a Abby.

—Me gusta que me amenaces, bombón. Palabra. De este modo, ahogas mis escrúpulos de romperte la cara.

Dos bofetadas hicieron oscilar con fuerza la cabeza de Abby, de cuyos ojos saltaron las lágrimas. Luego, la agarró por la negrísima cabellera, que olía estupendamente, y la arrastró hacia la mesita en que estaba el teléfono.

—Ahora mismo, muñeca, vas a llamar a tu amado George. Que suba aquí. Naturalmente, no dirás nada que pueda despertar sus sospechas, ¿entendido? El pájaro subirá medio loco, babeando. Pero esta vez no habrá besitos.

Abby respiró hondo. Con mano ligeramente temblorosa, tomó el teléfono y pidió que le pusieran con la habitación 452.

Luego, en la espera, miró fijamente a Robert, con una luz de ironía en sus ojos. Estaba espléndida la muy... Aquella bata entreabierta era una invitación a arruinarse. Pero... ¡Maldita sea! Robert tenía demasiada experiencia.

—¿George? —empezó.

Contestaron.

—Sube, cariño. Te estoy esperando. Ya sabes, querido...

Hubo una breve frase al otro lado del hilo, una sonrisa de la mujer, que colgó seguidamente, volviéndose hacia Robert.

—Así me gusta, bombón. Ahora empieza a hablar.

Abby dio un ligero paseo por la habitación. Robert pensó que aquella mujer no merecía vivir entre aquel lujo, en aquella vida brillante, con comodidades que aún la empujaban más hacia aquel abismo.

La mujer se volvió hacia él.

—Platino —dijo, sencillamente.

Robert palideció ligeramente. El corazón empezó a golpear con furia.

¡Platino! Bien... Estaba claro que aquello era un cochino contrabando de algo que en aquellos tiempos empezaba a escasear, especialmente para cierto país.

—Platino, ¿eh? Ya... ¿Para quién?

Silencio. Abby fumaba. Y sonreía.

No le preocupaba que su bata dejara al descubierto algunas regiones que una mujer con el mínimo de pudor hubiera ocultado. Tal vez aquella mujer pensaba que estaba concediendo una gracia a un condenado.

—¡Responde, puerca! —casi gritó Robert, acercándose a ella—. ¿A quién va destinado ese contrabando?

—Serénate —murmuró la mujer—. Si quieres que te diga la verdad, yo no sé más que una cosa: el comprador es un tal Toombs. Eso es cuanto puedo decirte. Para mí, lo importante es el cuarto de millón de dólares que va a reportar el negocio. Y va a salir bien, pese a que tú creas lo contrario.

—Estás muy segura, ¿no? —gruñó Robert, mientras impaciente, intranquilo ya, miraba hacia la puerta de la habitación, esperando la llegada de George.

—Sí. Estoy segura —repuso, tranquila, la mujer—. Fue todo bien pensado y realizado. Del Canadá, a Méjico. Lástima que te hayas enterado tarde, ¿no?

Robert sonrió torcidamente. Agarró a la muchacha por la bata.

—Me repugnan las mujeres bravuconas. ¿No comprendes que podría destrozarte esa cochina boca...?

Se interrumpió. Unos pasos sonaban por el rellano y se acercaban a la puerta. Robert soltó a la mujer, y desenfundó su «Luger».

Rápidamente, apuntando a la mujer, se acercó a la puerta de la habitación, pegándose a la pared, de modo que al abrirse la puerta de madera le ocultara. Sonó la llamada, y Robert hizo un gesto a Abby, indicándole que abriera.

La mujer, segura de sí misma, moviéndose soberbiamente, caminó tranquila hacia la puerta. Abrió. Un tipo penetró en el interior de la habitación, siendo fácilmente reconocido por Robert. Era un tipo alto, bien formado, olía a loción cara... El tal George. Seguro.

—Hola, guapetón —gruñó Robert, apoyando el cañón del arma en la espalda de aquel hombre—. Adentro, y a portarse bien.

El hombre ni se inmutó. Obedeció a Robert, y echó a andar hacia el interior de la lujosa habitación, bajo la presión del arma del agente especial.

—Vamos a hablar claro —empezó Robert—. Imagino que tú no serás de esos tipos que lloriquean cuando les acarician un poco el rostro. De todos modos, si quieres ahorrarte malos tratos, habla, ¿estamos? Piensa una cosa: Por mi parte, reviento de deseos de destrozarte un poco. Así que...

George y Abby cruzaron una mirada. Luego el tipo se volvió hacia Robert, sonriendo ligeramente burlón.

—Eres terrible, ¿eh? —se burló.

Cuando Robert quiso avanzar, con el propósito de demostrarle a aquel fulano cómo era él en realidad, notó un duro contacto en su espalda. Casi al mismo tiempo una mano enorme le pegaba en su muñeca armada,

obligándole a soltar la pistola. Simultáneamente, una carcajada.

—Llegamos a tiempo, ¿no? —rió un sujeto.

—Seguro, hijo —suspiró George.

—Maldito cochino —escupió frenético Robert—. ¿Hasta para ver a esa puerca llevas guardaespaldas?

—No seas imbécil, muchacho —sonrió George—. Esa es una de las lagunas de tu inteligencia. ¡Estúpido! Te aferras a una cosa, y das por contado que es cierta, por el mero hecho de que la has pensado tú. Esto te costará caro.

¿Había cometido un error? ¡Maldita sea! Bien. No importaba. Él no podía fracasar en aquella ocasión. Y si se había equivocado, si había que hacer algún arreglo, lo haría a puñetazos.

Como primera medida, Robert dejó bajar su codo derecho con fuerza, esperando que tropezase con la pistola del tipo que le encañonaba por la espalda. No. Solo encontró un desolador vacío.

La réplica fue un golpe en la nuca, que le dejó de rodillas en el suelo. A continuación, el tipo que le había arrebatado la pistola, que tenía unas manazas impresionantes, le descargó un puñetazo detrás de la oreja, que le aplastó contra el suelo. Luego fue su cuello el que brutalmente fue pisoteado, por el enorme zapatón de aquel tipo.

Como hacía poco, Robert, a través de la neblina de dolor que tenía ante sus ojos, vio la sonrisa burlona de aquellas obsesionantes pupilas verdes. ¡Puerca...! Y el cerdo de George sonreía...

—Ponedlo en pie —dijo George—. Quiero que me escuche con atención.

Entre los dos matones incorporaron a Robert. Sin demasiado miramiento. El de las manazas le atizó una bofetada que encendió en el cerebro de Robert casi tantas luces como las existentes en París.

—Mira, hermano —siguió George—. Vamos a tener contigo ciertas consideraciones...

Se interrumpió, mirando hacia la puerta de la habitación. Robert pudo ver el súbito endurecimiento de la oscura mirada de George, quien, en silencio, caminando elásticamente se acercó a la puerta, abriéndola de un tirón.

Con sonrisa burlona, George colocó la pistola muy cerca de los hermosos labios de Clara, a la que empujó hacia el interior, siendo recibida por una formidable bofetada del manazas, que dejó a la chica en el suelo, lloriqueando de dolor y miedo.

George suspiró. Por lo visto, había trabajo allí.

E

XPLÍCATE, muñeca —gruñó George—. Físgabas, ¿no? Seguramente luego le irías al dueño del hotel con el chisme de que en la habitación de Abby habían asomado las pistolas contra un tipo del F. B. I., ¿no es eso?

Clara miró, asustada, a Robert, quien sonrió desganadamente, aunque con cierta ironía.

—Yo... yo no sabía... Esperen. Les diré por qué escuchaba: Ese hombre me ofreció diez dólares y... Bueno, me dio diez dólares por el simple hecho de indicarle los números de las habitaciones de ustedes... Eso es todo.

—Ya —sonrió George—. Y tú querías pescar algo más, ¿no es eso?

—Yo...

—¿Te ha visto alguien aquí? ¿Has comentado alguna cosa sobre esto? —siguió George.

—No... Seguro que no. Suelo trabajar sola.

George miró al compañero del manazas.

Una mirada extraña, dura, brillante. Se limitó a decir, fríamente:

—Líquídala, Poppy. Nadie la echará de menos.

—Sí, jefe.

La muchacha palideció horrorosamente. Sus hermosos ojos se abrieron, casi se desorbitaron, a causa del miedo. Intentó gritar su horror, pero fue demasiado tarde.

El grito quedó ahogado, roto, en su garganta.

Las dos balas disparadas por Poppy fueron mortales. Una de ellas rompió la boca de la joven, mientras la otra abría un horrendo orificio en la tersa garganta juvenil.

Fueron dos sordos taponazos, y la muchacha, ensangrentada, con los ojos expresando un asombro infinito, quedó tendida casi a los pies de Abby, que ni se inmutó.

Robert respiró hondo. ¡Dios...! Bien. Tal vez había cometido un error. Cien errores. Pero aquellos tipos iban a pagar aquel sucio asesinato. Seguro.

George se echó a reír.

—Ahora, comprenderás que no estamos dispuestos a tener el menor fallo. Esta estúpida hubiera ido por ahí con el cuento de que aquí estaban pasando cosas raras, ¿no crees? Es mejor así. Y... Bueno, supongo que te habrás dado cuenta de que puedes correr la misma suerte... ¿No?

—Tal vez aún tenga tiempo de partirle el cuello sucio —gruñó Robert—. Matáis. He podido darme cuenta. Pero seríais los únicos que no lo

pagarais con la «silla».

George dejó que se esfumara su sonrisa.

—Mira, desgraciado, si fuera por mí, te liquidaría ahora mismo. No obstante, se trata del negocio. Un buen negocio. Luego, a vivir en Méjico, como una persona honrada. Venderemos el platino, cuando llegue a Toombs, que es quien soltará la pasta. Y este lo entregará a los alemanes, en la embajada mejicana, lo cual a mí me importa un bledo. Así que... Tú, Lindall, empieza con este fulano.

Lindall era el de las manazas. Y el de la cara de bestia. Su primer puñetazo en el estómago de Robert dejó a este sin color en el rostro. El segundo, lanzó al agente especial contra el borde del lecho de Abby.

Robert, exasperado, saltó hacia Lindall, colocándole un doloroso golpe en la garganta.

El tipo gritó roncamente, y lanzó su enorme brazo derecho, que solo encontró el vacío. Fue su abultado estómago el que tropezó con un puño bastante duro. Lindall se inclinó, resoplando.

Cuando Robert iba a pegarle en el mentón. Poppy entró en acción, asestando un culatazo a Robert, que le dejó de rodillas. Así le sorprendió el puntapié del furioso manazas, que abrió una brecha en el pómulo de Robert.

¿Qué error había cometido? ¿Qué pensaban hacer con él aquellos malditos? Tal vez no pensarán matarle... Quizá solo quitarse de encima un estorbo... Bien. No iba a ser tan fácil. Seguro.

Su propósito de alcanzar a Lindall con la puntera de su zapato, falló. En cambio, recibió dos puñetazos brutales, que le lanzaron de cabeza contra el barrote de la cama de Abby. El agente especial se golpeó la coronilla, y quedó tendido en el suelo, inmóvil.

Lindall pareció decepcionado. Miró a George.

—Ya está, jefe. ¿Qué hacemos ahora?

George sonrió. Meditó un instante, mientras miraba el cadáver de Clara.

—A la chica le ponéis un peso y la echáis al mar. Al tipo le llevaremos al yate. Allí es seguro que no molestará, ¿entendido?

—Seguro, jefe —dijo Lindall.

Se volvió hacia Poppy y le hizo una seña. Entre los dos harían aquel trabajo. Tranquilos.

Lindall era un tipo grueso, con un cuello enorme, y un rostro aplastado, seguramente a golpes. Tenía ojillos de cerdo. Al menos, miró como un puerco a Abby.

Poppy, era de esos tipos que, físicamente, pasan desapercibidos. En cambio, era un asesino. Un verdadero asesino. Apretar el gatillo era para él una delicia. Aquella frente estrecha... sus labios casi inexistentes... la frialdad de sus pupilas claras... Repugnante. Y ambos vestían bien.

George, desentendiéndose de aquellos dos hombres, se volvió hacia Abby, sonriendo; con su mejor sonrisa, ya que Abby la merecía. Desde que conocía a Abby, George pensaba que existían tipos con suerte.

—Bien, pequeña... Hemos tenido suerte, ¿no? Ahora, hemos de hablar. Ya sabes que Toombs se impacienta. ¿Dónde diablos se ha metido Carl?

Abby, nerviosa, se mordió los labios.

—No es momento de hablar, George.

—¿Ya no me llamas «cariño», muñeca? —ironizó el tipo.

—Eso nos dio resultado, ¿no? —replicó, secamente, Abby.

George se echó a reír.

—Seguro. Oye...

—Vete, George. No podemos llamar la atención, ¿comprendes?

—Claro... El negocio, ¿eh? Algún día, Abby...

—Déjame en paz. ¿De veras no piensas matar al del F. B. I.? Es un tipo peligroso —interrumpió la mujer.

—Dejará de serlo una vez en el yate. Luego... —se encogió de hombros —. Bien. Ya no será cosa mía.

—Vete ya, George —insistió Abby.

El tipo sonrió, mirando con descaro a Abby. Echó un vistazo a sus dos matones, y, por fin, abandonó la habitación. Mientras, Lindall y Poppy trabajaban. Ellos sabían cómo hacer las cosas. La experiencia, claro...

Abby, con un gesto de fastidio, sin querer ver la sangre que quedaba en el suelo, que había manado de las horribles heridas de Clara, se tumbó displicentemente en un sillón, soportando las sucias miradas del bestia Lindall.

* * *

Estrellas. Luna. ¡Qué raro...!

Robert se acarició la dolorida coronilla, sin comprender aún. Aquel zumbido... ¿Provenía de su cabeza, o...? No, no. ¡Diablos! Estaba en una motora...

La comprensión llegó, por fin, a su aturdido cerebro. Recordaba. Sí... El sucio manazas le había atizado de firme... ¡Y la chica, la habían asesinado a mansalva, como el que casca una nuez...

Suspiró, y empezó a incorporarse, y a fijar la visión en lo que le rodeaba. Respingó, al ver muy cerca de él lo que quedaba de la guapa chica fisgona. Lástima... Aquellos cerdos no sentían el menor respeto, no.

Clara estaba tirada en el fondo de la embarcación, aún con sus ojos muy abiertos, que miraban, sin ver, las estrellas. Se percibía con bastante claridad el boquete de la garganta, y el salvaje destrozo de su boca...

Robert no supo el tiempo que permaneció mirando fijamente el cadáver de la muchacha. Le sacó de su abstracción una bronca carcajada.

—Impresionado, ¿eh, polizonte?

Era Lindall. Sonriente, divertido, el maldito.

—Voy a jurar algo, cerdo —gruñó Robert—. A ti y al puerco asesino de la muchacha, os volaré la cabeza a balazos, y escupiré en vuestra carroña.

El pie de Lindall salió lanzado hacia adelante, golpeando con fuerza en la boca de Robert, que chocó de cabeza contra la borda de la motora.

—Eres un bocazas, hermano —gruñó Lindall—, como todos los malditos fanfarrones del F. B. I. Uno de mis mayores placeres sería cargarme a un tipo como tú. Pero...

—¿Crees que saldrán enteros de este negocio —inquirió Robert.

—¿Por qué no?

Robert sonrió con cierta ironía.

—¿No te dice nada eso de que el platino no haya llegado aún? ¿Crees que mis compañeros se duermen? Tal vez no llegue nunca, y alguien haya hablado, de modo que os estén buscando ya.

El rostro de Lindall se contrajo.

—A callar —gruñó.

—Intranquilo, ¿eh?

—No te importa, estúpido. Por lo demás, si fuese como tú dices, ¿sabes qué sería lo último que haría? Sencillo: iría a buscarte al yate, y te liquidaría con mis manos. ¿Qué te parece?

—Una idiotez —sonrió, tranquilo, Robert, dirigiendo una mirada de soslayo al inalterable Poppy, que tripulaba la embarcación, sin conceder importancia a lo que oía.

Lindall empezaba a ponerse nervioso, cuando el ruido del motor cesó, y la motora fue reduciendo su velocidad, hasta quedar inmóvil sobre las tranquilas y refulgentes aguas. Poppy se volvió hacia Lindall.

—Vamos, Lindall —dijo—. La chica.

Robert contuvo unos instantes la respiración. Siguió con la vista los movimientos de Lindall, mientras la pistola que empuñó Poppy miraba recto hacia su cabeza. Imposible moverse. Imposible intentar algo.

Por otra parte, ¿qué podía hacer él ya por aquella muchacha? Nada. Seguro. Por tanto, era mejor llegar con vida al yate, y esperar una oportunidad para intentar algo con algunas probabilidades de éxito.

Lindall meneó la cabeza cortada a ras, de bruto.

—¡Qué lástima...! —masculló, cuando miró aquel joven cuerpo sin vida.

Luego, tranquilo, sin prisas, rodeó el cuello de Clara con una cuerda lastrada por el otro extremo, alzó el cadáver sin dificultad alguna, y lo lanzó al agua, quebrando, por unos instantes, el silencio que se había hecho en aquella solitaria zona, mar adentro.

Fue rápido. Y lo más probable es que aquel jamás saliera a flote. Y todo por unos cochinos dólares.

Robert notó humedad en la frente. La ira que le consumía tenía algo de garra, que le apretaba el pecho.

—Ya está, Poppy —gruñó Lindall—. Andando.

Lindall le volvió un instante la espalda a Robert, y este, frenético de ira, se abalanzó contra él, alcanzándole con un golpe en la nuca, asestado con ambas manos, unidas.

Lindall se tambaleó, intentó volverse, pero el segundo golpe le lanzó contra la borda, haciendo zozobrar la embarcación. Esto fue, precisamente, lo que hizo fallar el disparo de Poppy, quien, fríamente, había estado apuntando a la cabeza del agente especial.

De la boca del cañón brotó una súbita llamarada, que encendió la noche fugazmente. El sordo estampido produjo un ligero eco.

Robert contraído el rostro, apretados los dientes, se abalanzó sobre Poppy, desviándole la automática antes de que el tipo pudiera disparar nuevamente. Dos puñetazos lanzaron a Poppy contra el timón.

Robert soltó una carcajada, y agarró al tipo por las solapas de su elegante chaqueta deportiva, y lo lanzó contra la borda. Recogió el rebote, asestándole un crujiente directo a la barbilla, que hizo oscilar el cuerpo de Poppy. No llegó a caer al mar, puesto que Lindall, ya repuesto de los golpes, había conseguido atrapar a Robert con un restallante corto al hígado, que dejó al agente especial noqueado, muy pálido. El segundo golpe le derribó.

—¡Le voy a matar! —chilló Poppy, mientras se abalanzaba hacia su pistola.

Cuando estaba a punto de empuñarla, Lindall le pisó la mano.

—Quietos, Poppy —gruñó—. No te compliques la vida desobedeciendo órdenes. Nos va bien así, ¿no?

—¡He estado a punto de morir ahogado! —exclamó, furioso, Poppy.

—¡Bah! Déjate de tonterías. Pon en marcha este cacharro, y en dirección al yate. Tenemos prisa, ¿eh? No seas imbécil, Poppy, nunca hemos vivida como ahora. No tienes necesidad de arruinarte la vida liquidando a un tipo de estos.

Poppy se mordió sus finísimos y pálidos labios.

Gruñó algo ininteligible, y se hizo cargo nuevamente de la motora, cuyo motor empezó a rugir de nuevo.

Robert, jadeante, apoyó su espalda en la borda, mientras Lindall, con el ceño arrugado, le miraba fijamente. Sin volver la cabeza, se dirigió a Poppy.

—Eh, Poppy, ¿oíste lo que dijo este tipo? ¿Crees que es posible que la Policía haya interceptado el platino?

—¡Bah...! Eso no es más que un pataleo de ese maldito —gruñó Poppy.

Lindall sonrió estúpidamente. Así debía ser. Aquello tenía que salir bien. Como otras veces. Aquella clase de negocios le estaban hinchando la cartera como nunca hubiera soñado.

Sí. Habían cambiado mucho las cosas para Lindall desde que abandonó los suburbios de Chicago. En realidad, todo era diferente.

Poco después, un punto rojizo destelló no muy lejos, como si fuese una señal. Robert dedujo que, efectivamente, lo era, y provenía del yate anclado. Pensó que difícilmente podría salir de allí.

—Ya estamos —gruñó Lindall.

Poppy redujo la velocidad, pegándose al costado del yate. Las luces de la embarcación hacían brillar las aguas de los alrededores. Cuando frenó la motora, fue echada una escala de cuerda, y Lindall empujó a Robert hacia ella.

Robert suspiró. Debería resignarse.

¡Resignarse, maldita sea! De todos modos, valía más vivir. Seguro. Era la única manera de poder, en algún momento, dar la vuelta a la situación.

Robert, mientras ascendía por la escalerilla, pensaba en lo que haría con Lindall y Poppy. Con George... el hermoso, sí. Le dejaría irreconocible.

A Abby le arrancaría el cuello...

¡Bah...! Todas aquellas ideas de venganza fueron súbitamente borradas del cerebro de Robert, cuando, desde el yate, alguien le agarró por los cabellos, tirando brutalmente. Ahogando un grito de dolor, Robert se encontró, de súbito, arrodillado en cubierta.

Los ojos llenos de lágrimas, con la sangre quemándole las venas. ¡Cochinos...!

Lo primero que vio al levantar la vista, fueron unas piernas. Unas piernas estupendas. Las de Joyce. Luego, vio los ojos de la muchacha; hermosos, brillantes.

Ni se dio cuenta de lo que hablaban Lindall y Poppy con los tipos del yate. Solo reaccionó cuando oyó el ruido de la motora, que empezó a alejarse.

Una pistola se apoyó en su nuca, y sonó una voz.

—Arriba, hermano. Vamos a instalarte.

Robert, conteniendo un suspiro, obedeció. ¿Qué malditos diablos podía hacer? Echando una leve ojeada a su alrededor, descubrió a tres o cuatro tipos que le miraban con indiferencia. Al que le empujaba con la pistola no pudo verle.

Sí a Joyce, que le miraba en silencio, fijamente, como si algo bullera en aquella cabeza rubia.

—Te diste prisa en regresar, ¿eh? —gruñó Robert.

—Sí... sí. Robert...

—¡Al cuerno, muñeca! —gruñó Robert—. Pero el juego no ha terminado, ¿comprendes? Tengo la impresión de que vais a salir malparados de este negocio.

La muchacha le miró, con cierto reproche en sus hermosas pupilas azules.

—Lo siento, Robert... Creo que hice mal en prestarme a lo que me pidió George, No... no estarías aquí, así...

—¡Bah!

Robert fue empujado nuevamente hacia los camarotes. Respiró hondo el aire de aquella noche. Hermosa noche. Lástima... Bien. Tal vez consiguiera algo. El platino tendría que llegar allí, ¿no? Pues a esperar, sin alterarse... si tenía paciencia.

Le obligaron a descender unas escalerillas, a trompicones. Robert maldecía furiosamente a aquel animal, que reía silenciosamente a sus espaldas. Por fin, llegaron a su camarote, que el tipo abrió y obligó a Robert a introducirse.

* * *

Robert, impotente entre las paredes de aquel camarote, paseaba dando bandazos. ¡Puercos...!

Recordaba perfectamente a Clara... El ruido que hizo su cuerpo sin vida al caer al mar... Iban a pagarlo. Aquellos asesinatos le revolvían las tripas, y los asesinos mucho más.

—Deja de pensar en eso, Robert —se dijo—. ¿Puedes salir de aquí? Ahí está la cosa, maldita sea. Además, veamos: ¿qué significa eso de que el platino no ha llegado? ¿Por qué? ¡Bah...! Mejor. Eso significa que aún puedo estropearles el negocio, y algo más...

Se acercó al ventanillo circular, y echó una ojeada al exterior. Agua. Solo agua. Azulada. Amaneciendo, el sol arrancaba destellos de aquella superficie.

Robert encendió un cigarrillo.

Se sentó en un rincón del camarote, y dejó transcurrir el tiempo. Aquella gente parecía haberle olvidado.

Poco a poco, las sombras se iban adueñando del reducido espacio y en el horizonte, el cielo y el mar se unían en una línea imprecisa.

—¿Qué malditos diablos has conseguido, Robert? —se preguntó—. Nada. Es decir, has conseguido un nuevo fracaso. El viejo debe estar frenético. Robert... ¿te has preguntado alguna vez si no serás ya demasiado viejo? Posiblemente, el fracaso de París no fue mera casualidad. No. Ahora también has fracasado. Quizá el tal George tuviera razón: no existe razón alguna para pensar que lo que yo opine ha de ser, forzosamente, cierto.

En aquel momento, Robert respingó. Sus nervios vibraron.

Era la puerta.

Alguien, empleaba mucha cautela, estaba abriendo. ¿Por qué con cautela?

Robert, con el ceño fruncido, se incorporó, y se acercó allí.

Se abrió la puerta, y Robert, que había permanecido tenso, estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa. Solo gruñó:

—¿Tú?

Allí estaba Joyce; una mirada anhelante, respirando agitadamente. La joven penetró en el camarote, tras echar una ojeada hacia arriba y cerró la portezuela a sus espaldas. Suspiró.

—Robert...

—¿Qué vienes a buscar aquí? —gruñó Robert.

—¿Sorprendido, querido? —inquirió la mujer, ya serena.

—Sí.

—Voy a dejarte en libertad, Robert.

Robert frunció el entrecejo. Se acercó mucho a Joyce, y la miró rectamente, con un brillo de desconfianza en sus grises pupilas.

Ella le devolvió la mirada, sin pestañear. Al olfato de Robert llegó el delicioso aliento de la chica. Estupenda. Seguía vistiendo «shorts», mostrando sus esbeltas piernas, morenas.

—No confías en mí, ¿eh, Robert?

El agente especial sonrió torcidamente.

—Ayer te gustaba el tal George. Hoy... Mira, pequeña, ya te dije que mi experiencia...

—Déjate de tonterías, Robert —murmuró la joven—. Voy a dejarte en libertad por varias razones. Una: por ti. Tal vez consideres que te engaño, pero... Bien. Podrás comprobarlo. Además, no obtendré beneficio alguno con que seas libre, ¿comprendes? Hasta es posible que, por el contrario, salga perjudicada. La segunda razón, es: me he enterado de lo que va a hacer mi padre, y... Sinceramente, quiero evitar que el F. B. I. se fije en él. Mi padre no necesita ese contrabando para vivir. Ni yo. Por tanto, dos razones; una de ellas puede perjudicarme. Otra me beneficiará, porque yo quiero vivir tranquila, ¿comprendes?

Robert asintió con la cabeza. Luego, miró a la muchacha.

—Está bien, muñeca. Espero que no sea una trampa... ¡Bah! Eso es una tontería. Si hubieran podido hacerlo ya. Bien... ¿Qué sabes del negocio?

Joyce respiró hondo, con lo cual Robert pudo comprobar que aquella blusa que llevaba era estrecha.

—Robert... Bésame, querido.

Una invitación que llegaba a punto, porque Robert no podía resistir más sin besar a aquella muñeca. ¡Qué labios...! ¡Y qué... otras cosas...!

Fue un beso largo, lleno de sabor a cosas hermosas, prometedoras.

Las azules pupilas de Joyce brillaron con intensidad. Aquel hombre, Robert, no era como otros a los que había tratado.

Si consiguiera que Robert la mirase de otra manera... ¡Bah! Ella se había acostumbrado ya a aquella vida de capricho. Vida de quiero y tomo. Esa era una de las razones por las que libertaba a Robert.

—Ahora, pequeña, explícame lo que sepas. Somos aliados, ¿no?

—Está bien, querido... Jamás creí que los hombres fueseis tan aburridos... Negocios, negocios... De cuando en cuando una mujer, y esa es vuestra vida. ¡Bah! Oye: Mi padre está esperando un contrabando de platino, con destino a Alemania. Eso es lo que he oído decir...

Se interrumpió, ante la contracción del rostro de Robert.

—¡Puercos! —gruñó—. ¿No saben, acaso, que Alemania será nuestro enemigo tan pronto entremos en esta inevitable guerra? Dios...! ¿Qué más, Joyce? ¿Quién ha de facilitar el platino a tu padre?

—Un tal Carl... No sé más. Por lo visto, el tipo ha enviado a Abby para empezar los tratos. Creo que quieren más dinero del que pidieron inicialmente, ¿comprendes?

Robert palideció ligeramente. Empezaba a comprender algunas cosas. Sí... Abby le había tomado el pelo. La muy... No. La culpa fue solo de Robert.

—Ya... —murmuró—. De modo que el tal Carl propone el negocio a tu padre, y este se desplaza aquí con el yate, en espera de la mercancía. Por lo visto, Carl ha tenido alguna dificultad, y demora su llegada. Mientras, Abby entretiene a tu padre. Por tanto... Ya, maldita sea... ¿Hace mucho que George trabaja con tu padre?

—Cosa de un par de meses. Algo así.

En la mente de Robert ya estaba claro. Abby se había reído de él en sus narices, por la sencilla razón de que George no era su amante. Naturalmente, al llamar «cariño», y cosas así a George, la fulana no hacía otra cosa que provocar la desconfianza de George, y, por tanto, este se previno con los guardaespaldas. Todo claro. Y él tan animal...

—De acuerdo, querida —gruñó—. Voy a salir. ¿Hay vigilancia?

—Tal vez un par de marinos.

—Comprendo. Esto... ¿Sabes que tu padre está metido en un mal lío, pequeña? Yo, como agente del F. B. I., no puedo desentenderme de él. Es una traición lo que está cometiendo.

Joyce inclinó la cabeza. Murmuró:

—Si tú liquidas a esos tipos, mi padre tendrá que largarse de aquí sin haber hecho nada, Robert. Ya ves que no soy del todo desinteresada al ayudarte. Eso, en realidad, es lo que pretendo, que tú desbarates el negocio. Oh... Odio los negocios, Robert... Querido...

Otra vez.

¿Acaso existía algún maldito idiota que despreciara a aquella muñeca? Tal vez... Pero no Robert Tingley. El agente especial encontró en aquellos momentos un nuevo sabor a los labios de Joyce.

Luego, suspiró.

—Hasta la vista, pequeña.

—Sí, querido... siento que nuestras circunstancias sean... sean así. Por un hombre como tú, olvidaría el dinero de mi padre. Lo juro.

Robert sonrió. Bueno, aquello se lo habían dicho muchas veces. Antes: cuando él era el verdadero Robert Tingley. Y entre otras cosas, aquello podía significar que estaba resucitando. Bien. Aquella vez no cometería el estúpido error que, entre otras cosas, había costado la vida a aquella muchacha.

Empezó a subir las escalerillas que conducían a cubierta. Sin ruidos, con el oído atento, percibiendo el rumor del mar.

Permaneció unos instantes quieto, observando la cubierta del yate, y descubrió un bote a escasa distancia. Ninguna presencia humana, lo cuál era bastante extraño.

El yate parecía conducir a gente pacífica, tranquila, que pasaban unos días de descanso por el Golfo de Méjico. Por lo visto, Toombs sabía hacer las cosas. ¿Quién iba a sospechar que en aquel modesto yate se iba a transportar platino para los alemanes?

De súbito, Robert se detuvo, y se pegó a la pared de la cabina, junto a un rollo de cuerdas. Allí, cerca de él, había brillado la brasa de un cigarrillo.

Robert, tranquilizándose, efectuó un rodeo, para sorprender a aquel tipo por la espalda. No obstante, las luces del yate prolongaron su sombra sobre cubierta, y fue descubierto por el tipo, que se volvió rápidamente, asombrado.

Su expresión de asombro se transformó en otra de dolor, cuando la mano derecha de Robert, de canto, pegó en su garganta. El segundo golpe fue dirigido al estómago, y el hombre se inclinó sobre sí mismo, gimiendo ahogadamente.

—A dormir, muchacho —gruñó Robert.

El instintivo movimiento de aquel hombre evitó que el puño de Robert se desollara en su mandíbula, que solo rozó.

Robert soltó una maldición, y cuando quiso repetir el golpe notó un insoportable dolor en sus costillas flotantes, donde había pegado la dura mano del tipo.

Emitió el joven una especie de silbido, que se ahogó al recibir un directo al plexo solar. Se tambaleó, pero se impuso su voluntad. Sería estúpido que aquel tipo le tumbara en aquellos momentos.

Esquivó un nuevo golpe y respiró hondo. Sus manos, de canto, en

durísimos golpes, cayeron dos veces sobre el cuello del tipo, que quedó de rodillas sobre cubierta, resoplando.

La silenciosa lucha terminó rápidamente. Un puñetazo en la sien dejó a aquel hombre tendido, inmóvil.

Robert suspiró.

Arrastró unas yardas al tipo, dejándole junto a la borda en una zona de oscuridad. Luego, el agente especial, con la frente brillante de sudor, se deslizó hacia la entrada del camarote-salón, de donde partía rumor de voces y risotadas.

Tranquilo, tomó el rollo de cuerda, asegurando un extremo en la borda, y lanzando el otro al agua. Solo faltaba hacerse con el bote neumático, y ya todo sería fácil. Seguro. Aquella gente no tenía idea de lo que estaba ocurriendo en cubierta.

Una vez el bote en el agua, Robert respiró con fuerza. Pensó en Joyce. Lástima... Aquella noche, precisamente, se prestaba a un verdadero crucero de placer.

El cielo estrellado, una luna grande, brillante; brisa fresca... Unos tragos de «gin» y los labios de Joyce podían completar perfectamente el cuadro.

—¡Bah...! No pienses en eso, Robert. Piensa en lo marranos que son esos tipos.

Se hizo con el pequeño remo, y empezó a remar con fuerza, en dirección a la costa. Poco después, desde el yate partía un chorro de luz, que recorría las mansas aguas en todas direcciones.

Ya se habían dado cuenta, pero iba a resultarles difícil darle alcance.

A

LDO Toombs, con los ojos inyectados en sangre, miró a su hija. Por unos instantes, dio la sensación de que su rubicundo rostro iba a estallar.

Toombs era un hombre de estatura algo más que regular, y con los huesos bien recubiertos, con algo de exceso. Un tipo que sabía cuidarse, vivir bien, como un sibarita, aunque ello le costara realizar algunos trabajos peligrosos.

Joyce, ante él, tranquila, fumando un cigarrillo, le miraba a los ojos.

—No te pongas así, papá —dijo la chica—. He soltado a Robert porque es del F. B. I. Hemos hecho un trato, ¿sabes? Él desarticula ese negocio y nosotros nos largamos de aquí. No me gusta eso del contrabando de platino... Y tampoco traicionar a la patria.

Por fin, Toombs estalló. Violentemente.

—¡Estúpida! ¡Estúpida! —chilló—. ¿Sabes lo que has conseguido? ¡Bah...! La culpa la tengo yo. Debí haberte dejado en tierra esta vez. Para que te enteres, voy a decirte algo. Ni este yate es mío, ni tú tienes tanto dinero como imaginas. ¿Lo oyes? Sí... La culpa la tengo yo, que he querido que te sintieras como una reina y solo sirves para... para... ¡Maldita sea!

Joyce pestañeó, sorprendida.

—Pero, papá, ¿cómo es posible que...?

—¡A callar! Seré yo quien tendrá que rendir cuentas ante la organización, si fracasamos. Eres idiota, hija. ¿No te has preguntado nunca a qué obedecen nuestros frecuentes viajes a Tampico, nuestro constante deambular por las costas de Golfo de Méjico? Yo trabajo. Así, sencillamente: trabajo. Y tú gastas el dinero que yo gano. Bien No te voy a reprochar eso, pero sí tu majadería...

Toombs miró a los componentes de la tripulación, que estaban en cubierta, a distancia prudencial, esperando órdenes.

—Vamos a tener que acercarnos a la costa —gruñó, más calmado, Toombs—. No podemos dejar que ese hombre nos desbarate uno de los mejores negocios en que he intervenido. Por otra parte, el fracaso podría costarme caro.

Joyce se mordió los labios. Todo aquello era muy complicado para su cerebro. Ella no entendía aquellas cosas. ¡Con lo bien que lo estaba pasando...! Además, Robert había sido amable con ella. Robert, seguro, no era como los bestias que trataba su padre.

Suspiró, resignada, cuando su padre empezó a dar órdenes de acercarse a la costa. De todos modos, quizá fuese mejor así, ya que ella podría luchar

también. Por ella misma, claro. Y por Robert.

* * *

Robert Tingley se dio por satisfecho, cuando pisó el vestíbulo del hotel de la 37th Street, frente al puerto. Sin hacer caso de la mirada de asombro del encargado de recepción, tomó la llave y subió a su habitación.

Tomaría un baño, se cambiaría de ropa, y pensaría. Tenía un margen de tiempo, puesto que el tal Carl no había llegado con la mercancía.

Abrió la puerta de la habitación, silbando el «fox» que había bailado con Joyce; con la estipenda Joyce. Rubita, mirada dulce...

Sufrió una sacudida nerviosa, cuando antes de que pulsara el interruptor se hizo la luz en la habitación. Robert, desconcertado, se disponía a actuar cuando una carcajada burlona hirió sus oídos.

—¡Alan! —exclamó al reconocer al visitante—. Pero...

—Vamos, Robert, no me digas que te causa tanto asombro el que yo esté aquí dentro. Sabes que soy un hombre cargado de recursos.

—Ya —suspiró Robert, mientras se dirigía hacia la botella de ginebra. Llenó un vaso. Bebió, y luego se volvió hacia aquel hombre—. Creo adivinar cuál es tu papel aquí, Alan.

El rostro de Alan se ensombreció un tanto. Se acercó a Robert y repitió la operación de este, llenándose un vaso de «gin».

—Lo siento, Robert —murmuró—. Me temo que has adivinado.

—Sí... Vienes a sustituirme, claro. Nadie confía en que yo pueda realizar algo bueno. He caído en desgracia, ¿no? Suele ocurrir. Uno alcanza fama, se hincha y, al igual que un globo, un ligero pinchazo le hace estallar y queda reducido a nada.

—Robert... Debes ponerme al corriente de este asunto.

Las grises pupilas de Robert quedaron muy fijas, heladas, en las del agente especial Alan Gratman.

—Y retirarme, ¿no? —gruñó Robert.

—El jefe está furioso contigo. Tal vez no hiciste bien las cosas, ¿comprendes? Estoy seguro de que te hubiera dado la oportunidad.

—¡Bah...! De acuerdo, Alan. Siéntate. Voy a bañarme.

Alan obedeció, tranquilo. Encendió un cigarrillo.

Alan era un muchacho llamado al triunfo, como lo había sido Robert. Alan tenía veintiocho años y un cuerpo musculoso, bien formado. Poseía un rostro anguloso, moreno. Sus ojos, oscuros, miraban siempre rectamente.

—¿De qué se trata, Robert? —inquirió, mientras el otro se despojaba de la chaqueta.

—Contrabando de platino con destino a Alemania. Como ves, un asunto de envergadura —gruñó Robert.

Alan soltó un ligero silbido.

—Desde luego —masculló—. ¿Y bien?

Robert sonrió.

Sin contestar a la pregunta de su compañero, se dirigió hacia el baño. Poco después, los chorritos de agua fría de la ducha templaban los nervios de Robert, mientras pensaba furiosamente en la presencia de Alan.

No... Imposible. Él no abandonaría el caso ni que se lo ordenara el Presidente de Estados Unidos. Ni hablar. Había varias cosas en todo aquello que le interesaban personalmente.

Por ejemplo: Joyce; la muerte de aquella muchacha, brutal, estúpida; y estrujarle el gaznate a Abby. Además, naturalmente, de sus deseos de obtener un triunfo; no deseos, sino necesidad. Eso era.

Abandonó la ducha, pero el agua seguía cayendo, produciendo un rumor que Alan oiría. El truco era viejísimo, pero había que intentarlo. Era lo único que podía hacer.

Robert sonrió cuando vio su traje claro allí, colgando detrás de la puerta. Aquella había sido una precaución muy sutil. No era la primera vez que Robert debía utilizar una salida de emergencia.

Se puso a silbar, mientras se vestía. Lo malo es que no podría llevar su documentación, ni credenciales. ¡Bah...! ¿Y qué? El caso era contar con libertad de movimientos. Una vez vestido, peinó rápidamente su rebelde cabellera y echó una ojeada a la ventana. Cabía de sobra por el hueco.

Tosió. Hizo ruido. Tal vez no consiguiera engañar a Alan, pero había que intentarlo. Unos minutos después, descolgándose por la tubería del agua, sentía deseos de silbar el «fox» de marras.

Entre tanto, Alan, en la habitación, sonreía irónicamente.

Volvió a llenar su vaso y encendió un nuevo cigarrillo, cuando cesaron los ruidos en el baño, y solo se oía el rumor del agua. Sin beber, abandonó su asiento.

—Supongo que te habrás largado, chico. Por mi parte, no iba a negarte esa oportunidad, aunque nadie se enterará, naturalmente. De todos modos, no estarás solo. Puedes necesitarme, ¿no?

Abrió la puerta del baño.

—Ahora, Alan —se dijo—, date prisa. Le alcanzarás y puedes seguirle tranquilamente. No le digas que le has dejado largarse a propósito. Se sentiría herido.

Cuando iba a abandonar la habitación sonó el teléfono, estridentemente, haciéndole respingar. Alan se acercó al aparato y tras de una ligera vacilación, tomó el auricular.

—Diga.

—¿Robert?

Una ansiosa voz de mujer.

Alan empezó a sonreír.

—Pues... no, preciosa. ¿Quién llama?

¡Clic!

Alan miró unos instantes el auricular, algo asombrado. ¡Diablos! Aún no hacía veinticuatro horas que estaba allí Robert, y... Siempre había tenido suerte con las mujeres. Excepto una vez.

Alan suspiró, colgó el auricular y abandonó la habitación. Pensaba que tal vez aquella llamada obedecía a alguna información sobre el caso. ¿Por qué no? De todos modos, aquella voz contenía ansiedad, tal vez miedo...

Salió rápidamente del hotel. Previamente, había calculado el lugar aproximado por el que saldría Robert, y se dirigió hacia allí, pegado a las fachadas de los edificios. Del puerto llegaba el olor a alquitrán y algunas luces parpadeaban en los muelles.

Dio la vuelta a la esquina y contuvo una carcajada.

* * *

Carl Allen dejó que Abby se apretara contra él y le besara en los labios, ansiosamente.

Carl Allen estaba satisfecho de sí mismo. No todos los hombres pueden tener una mujer como aquella.

—Has tardado mucho, Carl... —murmuró la mujer, cuando separó sus labios de los de aquel hombre—. Todo empezaba a complicarse mucho, querido. ¿Tienes el platino aquí?

Carl Allen fijó sus frías pupilas azules en las de Abby. La leve sonrisa que había estado flotando en sus labios se esfumó.

—¿Qué ocurre, Abby? ¿Dónde están los demás? —inquirió, secamente, Carl.

Abby se sentó en el tresillo de su habitación; cerrando antes la ventana e hizo un sitio para Carl.

—Elmer, Clay y Werner han muerto, querido. Clay resultó herido en el robo del coche. Elmer y Werner... Carl —vaciló la hermosa joven—. Nos hemos echado encima al F. B. I. Werner y Elmer murieron a manos de uno de esos malditos polizontes. De todos modos, si actuamos con rapidez no corremos peligro, puesto que a ese tipo le tenemos prisionero en el yate de Toombs.

Carl palideció ligeramente. Aquello no le gustaba.

La desaparición del agente del F. B. I. podía acarrear malas consecuencias. Casi siempre era así. Él ya sabía que los negocios que entran en la jurisdicción del F. B. I. no son sanos, pero...

Se incorporó y dio un paseo por la habitación. Observó el lujo, mientras pensaba. Y, de vez en cuando dirigía miradas a las rodillas de Abby, como si en ellas estuviese su musa inspiradora.

—Está bien —gruñó, deteniéndose frente a la mujer—. Tengo ya el platino aquí, claro. He aparcado la camioneta frente a la playa, en un lugar solitario. Nos daremos prisa, Abby.

La muchacha suspiró, mientras Carl encendía un cigarrillo y preparaba unas bebidas.

—Esta misma noche podremos realizar el negocio, muñeca —dijo tendiendo un vaso lleno de coñac a Abby—. Trasladaremos el platino al yate y a cobrar. Así que el tipo ha destrozado nuestra organización, ¿eh? Todos muertos: Elmer, Clay, Werner... ¡El muy puerco...!

Abby sonrió burlonamente. Bebió.

Cuando dejó el vaso sobre la mesita, inclinándose, mostró ante los encandilados ojos de Carl el hermoso y blanco escote.

—Oh, Carl... ¿De veras sientes que esos hayan muerto? —inquirió suavemente—. Los hombres pueden reemplazarse para futuros negocios. En cambio, un cuarto de millón de dólares... no es tan fácil de conseguir, ¿eh?

Carl sonrió ligeramente. Brillaba un extraña luz en sus pupilas cuando se acercó a Abby.

Aquel era el marco adecuado para aquella mujer —pensó—. Lujo, perfume, calidez en el ambiente... Carl rodeó el cuerpo de Abby con sus brazos y la besó largamente en los labios, hundiéndose en aquel placer que embotaba el cerebro.

Abby, luego, posó sus exóticas pupilas en las de Carl.

—De todos modos, Carl, la culpa es tuya. De no haber robado el coche, el F. B. I. no se hubiera fijado en nosotros. Tal vez no era tan necesario como creías.

—Era necesario —gruñó Carl—. En la camioneta no podíamos viajar todos hasta aquí. Es fácil de comprender, ¿no? Una banda que viaja en camioneta, la cual carga casi cincuenta kilos de platino. No... Ni hablar, Abby. Hubiéramos despertado sospechas. ¿No? De este modo a mí nadie me ha molestado durante el viaje. Además, nadie más que vosotros tenéis la culpa si llamabais la atención con el coche robado. Habéis sido unos imbéciles, y eso es todo. Es decir, además de ser idiotas, ellos han tenido mala suerte.

Abby se encogió de hombros. Sería absurdo ofenderse, ya que, además de guapa, la mujer tenía cierta inteligencia y reconocía que ella no servía para ciertas cosas. En cambio, sí para gastar dólares a manos llenas y sorber el seso a tipos como Carl. Suficiente.

—¿Qué piensas hacer con el tipo del F. B. I.? —inquirió—. Me preocupa ese hombre. Carl, Tú debes decidir.

Carl sonrió duramente.

—Imagino que tendrán trabajo buscando su cadáver por el Golfo.

Ahora, muñeca, hemos de ponernos en contacto con Toombs. Luego, una temporada en Méjico, Acapulco, por ejemplo, no nos sentará mal. Y el cuarto de millón será para nosotros solos, ya que los demás han muerto. Pero juro que lo siento.

Y soltó una risotada.

Seguro de sí mismo, de su inteligencia, de su fuerza. Y también de su suerte.

Buscó un nuevo cigarrillo en uno de los bolsillos de su holgada cazadora marrón. Carl, en aquellos momentos, vestía como un vulgar conductor de carretera. Cazadora, pantalones tejanos y una camisa a cuadros, abierta por el pecho Iba a encender el cigarrillo, pero no completó el ademán. En el pasillo resonaban, en aquellos instantes, pasos que se acercaban. Pasos rápidos, nerviosos.

Carl extrajo rápidamente la pistola que llevaba en la funda axilar y se deslizó hacia la puerta de la habitación. Sonó una llamada y Abby, obedeciendo a una seña de aquel hombre, se dirigió a abrir, sin alterarse. No obstante, respiró, aliviada, al reconocer a aquellos dos hombres.

Toombs penetró rápido en la estancia, seguido de George. El primero, al descubrir a Carl, enrojeció de ira.

—¡Maldito seas, Carl! ¿Dónde diablos has estado metido? —casi gritó.

Carl sonrió burlonamente y guardó la pistola.

—¿Nervioso, Toombs?

—Tú no, ¿eh? Tú eres Carl Allen, claro... Vas a enterarte de algo: Tal vez has llegado tarde, ¿comprendes? El fulano del F. B. I. ha conseguida huir. ¿Imaginas las complicaciones que eso reportará?

Carl apretó los dientes. Miró a los dos hombres.

—Tal vez de estar yo en el yate no hubiera conseguido huir —gruñó.

—¡Ju! Seguro, seguro... Pero bien, supongo que es una majadería que nos pongamos a discutir ahora tu inteligencia, ¿no? ¿Has traído el platino?

—Naturalmente, Toombs —sonrió Carl—. ¿Dónde tienes el barco? Podemos realizar la operación del traslado rápidamente y zarpar. Cuando el F. B. I. venga a buscarnos, podemos estar muy lejos. En todo caso, tus hombres podrían impedir cualquier ataque de ese tipo, ¿no?

George sonrió. Echó una mirada hacia la puerta de la habitación, donde silenciosos, expectantes, estaban Lindall y Poppy.

—Seguro —dijo.

Carl dirigió una extraña mirada a Toombs. Luego, a sus hombres.

Toombs se estaba enjugando el sudor que perlaba su rostro y cuello. El tipo tenía aspecto, en aquellos momentos, del perfecto patrón de un yate de recreo; hombre acomodado, pacífico. Vestía una camisa floreada y pantalón blanco, con la raya bien marcada, y zapatos inmaculados, del mismo color.

Se puso algo nervioso al captar aquella mirada de Carl, hombre

acostumbrado a la acción directa; un tipo peligroso, sí.

De pronto, Carl inquirió:

—¿Tienes el dinero en el yate, Toombs?

—Naturalmente.

—¡Ah...!

—¿Desconfías? ¿Por qué?

Se miraban fijamente, con lo que el ambiente se tensó un tanto en aquella habitación. Por fin, Carl, sonriendo, quitándole importancia a la cosa, dijo:

—Es curioso... en Canadá me enteré de lo que cuesta el kilo de platino en el mercado negro. He calculado que nos va a dar unos cien mil dólares más sobre el total de la carga. ¿No es mucho dinero, Toombs?

Toombs se encogió de hombros.

—Paga Alemania —dijo—. Los alemanes necesitan platino para sus fábricas de material de guerra. El platino es esencial para equipo y mantenimiento de la maquinaria bélica de un país, y máxime cuando está en guerra. Es fácil de comprender que, teniendo en cuenta que la guerra se hará larga, los alemanes intenten proveerse de platino, a cualquier precio. Cerrado el mercado de Colombia, recurrimos a Canadá. Eso es todo, Carl.

Carl soltó una seca risotada.

—De acuerdo —gruñó—. Todo eso me importa poco. Tendremos que darnos prisa. Vamos, Toombs. La operación debe realizarse rápida y silenciosamente. Sin llamar la atención. Seguramente, tendremos bastante con la tripulación de tu yate para el traslado. Los demás, seguirán vigilando. Tan pronto cargado el platino en el yate, nos largaremos sin dejar rastro.

Así era de rápido Carl Allen. Órdenes tajantes, precisas.

Todo iba a salir bien.

¿Todo?

R

OBERT caminaba rápidamente. Estaba ya muy cerca del hotel La Cruz, y se devanaba los sesos intentando hallar una solución factible a aquel asunto.

—Bonita situación —se dijo—. Y no debes ser tan optimista como para pensar que los del yate se habrán cruzado de brazos. De modo que, seguro, te vas a meter en la boca del lobo. ¿Y qué? ¿Qué otra cosa se puede hacer? Ni siquiera puedo recurrir al F. B. I... ¡Perra suerte! Aun así, he de conseguir algunas cosas de todo esto...

Llegó al hotel por la contrafachada. Todavía se oía la música procedente de la pérgola. Aquella gente no descansaba. Iban allí, precisamente, a aturdirse, a olvidar que eran unos cochinos haraganes, y a dejar el dinero estúpidamente en manos de cualquier listo, o lista.

Estaban tocando el «fox» que Robert había bailado con Joyce.

—¡Bah...! Te gusta demasiado recordar a esa pequeña, Robert. Y cuando a una mujer se la asocia con cierta música, es que el tipo está perdido. Lástima que el idiota de su padre se haya metido en este lío... Sí, lástima, pequeña.

A su derecha, se deslizaba la brillante carretera, por la que, continuamente, circulaban toda clase de turismos, llenando de luces y ruidos el ambiente.

Robert empezó a estudiar la parte trasera del hotel. Si aquel par de matones, Lindall y Poppy habían conseguido sacarles de la habitación de Abby sin ser descubiertos, es que existía algún medio para escalar por allí. Seguro.

Seguía sonando la música, el «fox».

Y también sonó una voz, a espaldas de Robert:

—¿Bailamos, querido?

Robert se volvió lentamente, suspirando.

Allí, pegada a los arbustos del jardín de la parte trasera del hotel estaba Joyce...

Ya no vestía «shorts», sino una falda amplia, que disimulaba la espléndida curva de sus caderas, aunque no lo suficiente.

—Otra vez tú, ¿eh? —murmuró Robert.

La muchacha llegó junto a él, sonriendo débilmente.

—Robert... ¿qué ocurre? He llamado a tu hotel, y...

—¿Mi hotel? ¿Qué diablos...?

—En el camarote encontré una caja de cerillas con las señas de un

hotel, en la 37th Street. Supuse que...

—De acuerdo, bombón. Llamaste, ¿y qué?

—Contestó un hombre...

—Ya... —una sonrisa distendió los labios de Robert. Alan se llevaría una pequeña sorpresa. Seguro—. ¿Para qué llamaste, Joyce?

—Quiero... quiero advertirte del peligro que corres, Robert. Mi padre... sus pistoleros, con George, están alerta. El yate está anclado junto a la playa, y seguramente te buscarán... Robert, no quisiera que te ocurriese nada...

La última frase fue un leve susurro. La muchacha se acercó más a Robert y le miró a los ojos con extraña gravedad. Robert comprendió que existía algo hondo en aquella mujer.

Robert suspiró.

—Comprendo, Joyce. ¿Y qué pretendes?

Hubo un instante de silencio. Joyce se mordía los labios. Por fin, dijo:

—Recorre a la Policía, Robert. Tú puedes hacerlo. No te expongas tú solo... Pensarás que no tengo en cuenta que mi padre está entre ellos, ¿no? —suspiró—. Pues... me importas más tú, Robert. Y yo podría avisarle a él para que huyese, Robert...

El agente especial meneó la cabeza.

—Lo siento, Joyce —gruñó—. Has de saber que ni siquiera puedo recurrir a la Policía. Quizá te sorprenda saber que estoy actuando fuera de la Ley... Es fácil de explicar, ya que si no recuerdo mal, conoces mi fracaso en París. Eso ha hecho que nadie confíe en mí, pequeña —se enronqueció la voz de Robert—. El hombre que te contestó en el hotel es un agente del F. B. I. Precisamente...

Se mordió el labio inferior. Sus pupilas estaban heladas, Joyce inclinó la cabeza.

—Precisamente, Joyce, es el hombre que ha venido a sustituirme en este caso —murmuró Robert.

—Sería nuestra solución, Robert —susurró la joven.

Robert sonrió torcidamente.

—No. No... Tengo que hacerlo, pequeña. No sé si lo comprenderás, pero debo hacerlo. Y solo. Ya lo sabes. Y, además, con prisas. Necesito recuperar la confianza en mí mismo, Joyce.

La joven guardó silencio unos instantes. Luego murmuró:

—Pero... pero yo te quiero, Robert. ¿Me crees?

Robert tardó unos segundos en responder. Escrutó aquel hermoso rostro, la expresión de aquellas luminosas pupilas, el bonito trazo de aquellos labios juveniles.

—Claro, muñeca, te creo.

—¡Mi vida sería distinta contigo, Robert. Y... yo sí que confío en ti. Y

voy a decirte algo más: lucha, Robert. Nunca me interpondré en tu camino. Y te ayudaré. Tal vez no lo creas, pero es ahora cuando empiezo a ser feliz... Yo... yo no he amado jamás, Robert.

Sendas lágrimas se deslizaron lenta, mansamente, por aquel rostro tostado por el sol, terso, suave, Robert, tranquilo, se inclinó y la besó en los labios.

—¿Dónde está ahora tu padre y los demás? —inquirió, volviendo a la realidad, Robert.

—Desembarcaron en la playa, y se dirigieron hacia aquí. Yo me quedé en el yate, obligada por mi padre, pero escapé. No... no iba a dejarte solo. Robert. Escapé, y les seguí. Les vi entrar aquí y te llamé por teléfono... Tuve que esperar aquí, al presentir que vendrías procurando que no te descubrieran. No puedo decirte nada más.

Robert quedó pensativo unos instantes. De acuerdo. Seguro que aún estarían todos allí.

¿Seguro? Bien. Abby podía ser la primera pieza. Una pieza importante. Por otra parte era una buena noticia aquella de que el yate estuviera anclado en la playa, muy cerca de la costa.

—Voy a subir, Joyce. Espérame aquí... Si tardo demasiado busca a mi compañero. Por lo menos, ponle en antecedentes de lo que ocurre. En realidad, temo haberme equivocado al burlar a Alan. Pero algo me empuja, algo... Y algún día podré sacudirme esa sensación...

—Sí, Robert.

Después de besar de nuevo a aquella muchacha, Robert se dirigió a la fachada, observando que sería relativamente fácil escalar...

Joyce, estupenda, sí. Y le quería... ¿Ella tenía culpa de lo que fuese el puerco de su padre?

—¡Bah...! Ahora a lo tuyo, Robert. Déjate de tonterías. Piensa en que te vas a jugar el pellejo, ya que esa gente tiene bien engrasado el gatillo. Tal vez con un poco de suerte... Sí. De un modo u otro tienes que evitar el contrabando, Robert. Eso es una cochina traición a Estados Unidos... Platino para los alemanes...

* * *

Enjugó el sudor de su rostro, cuando estuvo en la habitación que había ocupado en el hotel La Cruz la noche anterior. Dio unos pasos en dirección a la botella de ginebra que le trajo Clara, y bebió un trago.

Ahora, a darle la sorpresa a Abby. Naturalmente, antes comprobaría que estuviera sola, ya que ni siquiera llevaba armas.

Sonrió al pensar que Toombs y sus matones debían estar buscándole. Eso era lo que creía Robert. Y se felicitó, por creerse lejos del lugar en que aquellos tipos le buscarían.

Se acercó a la puerta de la habitación.

Al abrir y echar una ojeada al rellano, sus nervios se tensaron. El corazón empezó a latirle con violencia.

Allí, pegado a un recodo tranquilo, estaba Poppy, con la vista fija entre el ascensor y las escaleras, dando, por tanto, la espalda a Robert.

El agente especial empezó a sonreír. Aquello era lógico, puesto que de esperarle, aquel tipo no podía imaginar por dónde iba a llegar su ataque.

Le separaban de Poppy unas seis o siete yardas. Una distancia corta, pero que había que cubrir en silencio.

Robert se decidió. ¿A qué esperar?

Cuando Poppy, respingando, se volvió hacia Robert, ni siquiera pudo reconocerle, ya que el primer golpe de Robert aplastó dolorosamente su nariz; y sus ojos se inundaron de lágrimas. Quedó pegado a la pared, con lo que el directo del agente especial en la frente le hizo chocar de coronilla contra la pared, y el tipo, aturdido, cayó de rodillas.

Robert actuó rápidamente, metiendo su mano derecha bajo la axila izquierda del fulano apoderándose de la pistola, cuyo cañón quedó pegado entre los ojos de Poppy, muy abiertos, enrojecidos.

—Hola, compañero —sonrió Robert—. Otra vez juntos, ¿eh? Te doy mi palabra de que estoy deseando que me des un motivo para apretar el gatillo. Es lo que debería hacer ahora mismo, cerdo asesino. A ver, ¿dónde están los demás?

Poppy comprendió que debía hablar. Aquel tipo era capaz de disparar...

—Los otros se fueron —gruñó—. Lindall está con Abby. Él y yo debíamos vigilar aquí.

—Ya. Andando. Vas a entrar tú primero en la habitación de esa mujer.

Le agarró por las solapas de la chaqueta y le empujó hacia la puerta de la habitación que ocupaba Abby.

Poppy vaciló unos instantes, pero la firmeza con que Robert empuñaba la pistola le decidió.

Llamó a la puerta.

Abrió Lindall, que empuñaba su pistola. Gruñó algo al ver a Poppy, quién fue violentamente lanzado contra el manazas, por un empujón de Robert. Este, aprovechando la confusión de Lindall, cuya pistola había sido desviada, penetró en la estancia, y cerró la puerta de un taconazo.

Sonreía.

—Suelta la pistola, Lindall —ordenó, secamente.

Hubo un instante de silencio. Los dos asesinos y la mujer miraban fijamente a Robert.

Por fin, Lindall, obedeció, soltando la pistola. Fue Poppy quien, chillando, furioso, se abalanzó sobre el arma, consiguiendo empuñarla. Cuando se revolió contra Robert brillaba en sus ojos una expresión de

triunfo.

Por poco tiempo. Robert solo tenía que apretar el gatillo, y lo hizo. Sin escrúpulos ¿Por qué escrúpulos?

Mientras disparaba dos veces contra Poppy viendo saltar partículas de su cabeza, recordó a Clara, el destrozo que habían hecho con aquella muchacha.

La última bala disparada por Robert se incrustó brutalmente en la boca de Poppy, quién fue lanzado con violencia al suelo, donde quedó inmóvil.

Lindall, lívido, contemplaba el cadáver de Poppy. Luego miró a Robert.

—¿Qué te ocurre, Lindall? ¿Miedo? —gruñó Robert.

El tipo no respondió. Solo miraba a Robert con sus ojillos porcinos.

El agente especial se echó a reír.

—De acuerdo, hombre. Vuélvete de espaldas. Había pensado que solo eras un insuficiente mental, pero veo que tienes tu pequeña dosis de inteligencia. ¡Vamos, vuélvete!

El matón empezó a obedecer, lentamente. Tan pronto aquella nuca estuvo ante la vista de Robert, este descargó con fuerza el cañón de su pistola, fulminando a Lindall, cuyo cuerpo rebotó sordamente contra el suelo.

Luego, Robert miró a Abby, que estaba muy pálida, mordiéndose los labios. Se acercó a ella.

—Esta vez no tienes el recurso de engañarme, llamando «cariñín» al hermoso George, ¿eh, bombón? Y eso se te nota en la cara. ¡Uh! Hasta pareces más vieja. Mira, voy a hacer una exposición de hechos: Lo sé todo. Incluso que un tipo llamado Carl ha de llegar con el platino. Bien. ¿Cuándo?

—No lo sé.

—¿No? Malo. Oye: has visto que no me importa apretar el gatillo, ¿verdad? No... contigo utilizaría otros medios. Para lo que sirve tu cara, no me importaría estropearla ¿comprendes? Y ten en cuenta que en estos momentos soy el amo de la situación.

—No estés tan seguro —replicó Abby, intentando ganar tiempo.

De eso se trataba, precisamente. Cuando estuviera realizado el traslado del platino, Carl volvería a por ella.

Displícitamente, quiso volver la espalda a Robert, pero el agente federal, furioso, la agarró por un brazo, haciéndola girar. Luego, con el dorso de la mano, pegó con fuerza en la mejilla de la mujer, haciéndole oscilar la hermosa cabeza.

—Cuando hablo con alguien me gusta verle la cara, muñeca —gruñó Robert—. Y si estás intentando ganar tiempo, quiero saber por qué, ¿está claro? Un agente del F. B. I. no suele caer dos veces en la misma trampa. Así que...

Abby parpadeó, nerviosa. Aquel tipo... aquella fría mirada gris... Empezó a sentir miedo. Echó una ojeada al cadáver de Poppy, y se estremeció.

En cuanto a Robert, empezaba a impacientarse.

—¡Vamos, habla! ¡Habla de una vez, cochina! Contrabando de platino para Alemania...! ¿No vomitas de asco de ti misma? Pensabas vivir como un reina con el producto de esa porquería, ¿no? ¡Habla!

La zarandeo bruscamente, y la derribó sobre el sillón, abofeteándola luego.

El miedo, el dolor, brillaba en las pupilas de Abby, que pensaba furiosamente en una solución. Bien. De todos modos, tal vez no tuviera demasiada importancia hablar. ¿Qué podía hacer un tipo solo contra la organización de Carl y Toombs?

—Está... está bien... —jadeó—. Hablaré.

—Perfecto, bombón. Da gusto manejar mujeres guapas. Por regla general, saben siempre lo que les conviene, ¿eh? Te escucho, monada.

—Carl ha llegado ya. Transportó el platino en una camioneta y en estos momentos deben estar efectuando el traslado de la carga al yate.

Robert palideció ligeramente.

—Está bien. No podemos perder tiempo. Tú debes saber dónde se efectúa el traslado. Así que andando, bombón. Vas a venir conmigo.

—Pero... Carl ha de volver aquí...

—¡Me importa un bledo, sucia! —masculló Robert—. Lo que quiero evitar es que el platino llegue al yate, ¿comprendes? Te juro que si no consiguiera detener el contrabando lo ibas a pasar muy mal.

Agarró a Abby por la ropa y la incorporó.

—Te vas a cambiar en medió minuto, ¿de acuerdo?

Dos bofetadas lanzaron a Abby hacia el ropero. El mismo Robert burlonamente, eligió el vestido que se pondría Abby.

—Este sentará bien a tu palidez, ¡Vivo!

Mientras Abby se vestía nerviosamente, Robert echó un vistazo a Lindall, que empezaba a moverse.

—¡Maldita sea! ¿Y qué diablos hago yo ahora con este imbécil? —gruñó.

El mejor medio de deshacerse de él, según Robert, era un puñetazo en el mentón que dejó a Lindall roncando extrañamente unos segundos, para quedar de nuevo inmóvil. Luego, Robert guardó en un bolsillo la pistola que había empuñado Poppy antes de morir.

—¿Lista? —gruñó, dirigiéndose a Abby.

Sin esperar respuesta, la agarró de un brazo, empujándola hacia la puerta. Tenía prisa. Una prisa loca. Si aquellos malditos conseguían trasladar la mercancía, iban a dar trabajo.

En dos minutos llegaron al vestíbulo del hotel. Cuando salieran al exterior, en la pérgola seguía sonando música. Algunas parejas se besuqueaban en los rincones del jardín.

Robert maldijo su perra suerte, pensando que él podría ser uno de aquellos tipos despreocupados que solo saben gozar de la vida, lo cual es mucho saber.

No. Robert tenía amor propio; sentido de la responsabilidad y siempre sintió deseos de hacer algo útil. Tal vez eligió mal la profesión, pero era tarde para arrepentirse.

Empujó a la muchacha nuevamente y echaron a andar en dirección a la playa, después de cruzar la brillante carretera.

—No... no sé el sitio exacto...

—Lo encontraremos. Eso no debe preocuparte.

—Te estás metiendo en un lío —dijo Abby—. Son muchos.

—A callar. Eso no importa. ¿Has visto retroceder alguna vez a un agente del F. B. I.? No. Y es porque nosotros somos hombres sanos. Vosotros sois sucia porquería, a la que es preciso eliminar, ¿vas comprendiendo? Dime, ¿de veras no has sentido nunca repugnancia por esta vida?

—Eso es cosa mía —murmuró Abby.

—¡Bah! Tenéis la sangre tan sucia, que ni os dais cuenta. Sois asquerosos. Por fortuna, existen hombres como yo, y otros existieron antes... cuyo oficio es descubrir basura.

Abby le miró. Destellaron sus verdosas pupilas.

—A mí nadie me ayudó a ser honrada —dijo—. ¡Nadie! Al contrario. No sé si comprendes... Cuando yo busqué ayuda, me la ofrecieron, sí, pero con algo a cambio. No tuve suerte. Y ya está. De todos modos, lo prefiero así. No soy de las histéricas que lloriquean su honor perdido. Cuando abrí los ojos a la vida, a la que me habían arrojado, decidí aprovecharla. Y lo he hecho.

—Sí... Tú eres de las peligrosas —gruñó Robert—. Tal vez la cárcel te cambie.

Y la empujó hacia la oscuridad. Desde la playa, llegaba el reflejo de las aguas y su rumor. Nada más.

J

OYCE respingó vivamente cuando vio aparecer junto a ella a aquella sombra. Vio brillar los dientes de aquel hombre, que sonreía irónicamente.

—¿Dónde está —inquirió Alan.

—Us... usted...

—F. B. I., pequeña. ¿Dónde está Robert?

Joyce suspiró, aliviada.

—¿Va a ayudarlo? —inquirió.

—Eso espero —gruñó Alan.

—Ya. Él me dijo... me dijo que ni siquiera podía contar con el apoyo del F. B. I.

—Pero sí con el mío. Aunque no debes decirle nada, ¿comprendes?

Joyce le miró fijamente. Le gustó la nobleza que brillaba en las oscuras pupilas de Alan. Pensó que seguramente todos aquellos hombres eran así, distintos. Ojalá hubiera conocida antes a Robert...

—Creo que no trata de engañarme —murmuró Joyce—. Robert ha subido. Hace unos minutos. Tal vez esté en peligro. Me dijo que le esperase aquí, pero...

—De acuerdo, vas a venir conmigo. ¿Te interesa mucho? —inquirió, sonriendo.

—Le quiero.

—¡Uh! Vamos.

—Oiga... —Joyce permaneció quieta, indecisa—. Usted no sabe que... que mi padre es uno de los contrabandistas... Él es quien capitanea el yate que debe trasladar la mercancía a Tampico. Yo... yo he sabido esto demasiado tarde. Mi padre jamás me confesó cuáles eran sus negocios y me echaba de su lado cuando trataba alguno. ¿Qué puedo hacer? Temo perder a Robert... Y temo que mi padre...

Alan suspiró. ¡Diablos! En ninguna Ley se estipula el perdón para un cochino contrabandista, por el mero hecho de tener una hija preciosa.

Alan no contestó. ¿Qué podía decirle a aquella muchacha? ¿Qué no llorase? Aquello sería estúpido. Así que el puerco de su padre estaba destrozando aquella vida joven... Sucedió a menudo, sí.

—Vamos, pequeña —murmuró, mientras la empujaba suavemente—. Nosotros entraremos por la puerta principal del hotel.

Joyce se tragó las lágrimas y echó a andar junto a aquel muchacho, que le había inspirado súbita confianza.

En el cerebro de Joyce fatalmente empezaron a abrirse interrogantes.

¿Por qué había hecho aquello su padre? ¿Por qué? Ciertamente que no vivían bien; es decir, no vivían como ahora, pero sí decorosamente, en una pequeña casa en las afueras de Filadelfia.

Luego, de súbito, su padre empezó a prosperar. Cambió de casa, cambió de vida. Todo era maravilloso entonces, sí. Llegó el yate, y habían estado mucho tiempo por el Golfo de Méjico, sin que ella, estúpida criatura, sospechara la verdad, aunque sí alguna vez había observado cosas raras, como, por ejemplo, los amigos de su padre.

Los amigos de su padre... ¿Acaso ella había podido comparar? Si hubiera conocido antes a Robert...

Alan le echó una mirada. Lástima de muñeca...

Poco después, penetraban en el hotel, pasando desapercibidos, ya que eran numerosas las parejas jóvenes en aquel ambiente ruidoso, de alearía rebuscada.

Alan palpó el bulto de su automática y se metió en el ascensor, siguiendo a Joyce.

La muchacha, inquieta, le hizo una indicación, cuando llegaron al cuarto piso. Se apearon y, en silencio, llegaron frente a la habitación de Abby.

Alan, con la pistola en la mano, escuchó unos instantes, con el ceño fruncido. Luego empujó suavemente la puerta, que cedió mostrando el interior de la habitación.

—¡Diablos!

Allí, ante los ojos de ambos, estaba el cadáver de Poppy, y el «Manazas», que empezaba a agitarse, gimiendo sordamente.

Alan, sonriendo duramente, se acercó a Lindall, y le agarró por el cuello de la chaqueta, tirando con fuerza. El tipo chilló, asustado, al encontrarse frente a la negra boca de aquella pistola.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Alan—. Rápido, mastodonte.

—¿Quién... quién es usted? —inquirió Lindall.

—Una hermana de la caridad. De la agrupación F. B. I.

Lindall palideció. Aquello se había complicado demasiado, ya que, al parecer, aquel fulano, Robert Tingley, ya no estaba solo. El Servicio había entrado en juego. Miró, luego, con cierto asombro, a Joyce, permanecía en silencio, junto a Alan.

—¡Tú nos has traicionado! —chilló Lindall—. ¡Eres...!

Los duros nudillos de Alan pegaron en aquella sucia boca, enmudeciendo a Lindall, cuyos ojos se inyectaron en sangre.

—Estamos perdiendo el tiempo —gruñó Alan—. ¿Dónde están?

—Fueron a la playa. Supongo que habrán realizado la operación y perdéis el tiempo —gruñó Lindall.

—En pie —gruñó el federal.

—¿Qué va a hacer conmigo? —inquirió Lindall.

—Te entregaré a la Policía.

Lindall esbozó una sonrisa. Se hincharon sus potentes músculos. ¿A la Policía? ¿Acaso su mayor deseo, antes de morir, no era el de romperle el cuello a un tipo del F. B. I.?

—¿De veras? —sonrió.

—Creo que...

Alan no pudo seguir hablando. Las dos manos de Lindall fueron rápidas, duras, al encuentro de su brazo armado, haciendo presa.

Alan soltó un ligero grito de dolor, y tuvo que dar un salto por encima de la espalda de Lindall, para evitar la rotura del brazo.

Perdió la pistola, pero no pudo ni siquiera intentar recuperarla, puesto que Lindall rugiendo, se abalanzó sobre él, alcanzándole con un golpe en el pecho.

El agente especial palideció horriblemente. Vio la muerte en los ojos de aquel tipo bestial, de enorme musculatura. Bien. No le sería fácil a aquel hombre acabar con él.

Esquivó un puñetazo y colocó su puño izquierdo en el hígado de Lindall, quien lanzó un ligero gruñido. No obstante, consiguió alcanzar a Alan en el cuello con el durísimo canto de su mano y el muchacho, dolorido, quedó de rodillas en el suelo. Un rodillazo en el rostro le lanzó de espaldas.

Algo aturdido, vio avanzar a aquella mole de músculos.

Y vio brillar también los fognazos. Varios sordos estampidos se apagaron, sin ecos, en la habitación.

Joyce, lívida, pero con la decisión impresa en sus pupilas, disparó varias veces contra Lindall, alcanzándole en el costado y en la espalda.

Lindall, asombrado, aturdido, con la muerte en sus pupilas miró a la muchacha.

—¡Perra...!

¡Quiso saltar, pero Alan le tendió la zancadilla y el tipo se derrumbó pesadamente al suelo, donde agonizó unos segundos.

Alan se incorporó, sonriendo, y se acercó a Joyce, que seguía muy pálida, con los ojos fijos en el cadáver enorme de Lindall. Alan recuperó su pistola.

—Estupendo, pequeña. Vámonos ya.

Joyce suspiró. Por unos momentos, Alan sintió envidia del vejestorio de Robert Tingley. ¡Bah! Siempre había sido así, lo mejor para Robert Tingley. Y, naturalmente, Joyce era lo mejor. Seguro. Espléndida juventud la de aquella chiquilla.

Poco después, estaban en el exterior. Había que darse prisa para llegar a tiempo a la playa.

Cuando llegaron a la camioneta, Carl Allen mostró la mercancía a los otros dos, Toombs y George. Luego, sonriendo, miró a ambos.

—Naturalmente, prefiero tener el dinero en mi poder, antes de que la carga esté en el yate —dijo—. Pueden ocurrir muchas cosas y si fuese necesario huir...

Toombs se encogió de hombros.

—Allá tú, Carl. Ya sabes que nosotros jugamos limpio. No nos interesa perder a un amigo y tal vez no sea esta la última operación que realicemos juntos. Necesitaremos más platino. Hay dinero para todos y supongo que tendremos la suficiente inteligencia para no estropear las cosas.

—Claro, Toombs. Bien... No perdamos más tiempo.

Las siluetas de Toombs y George se perdieron en la playa, en busca del bote que les conduciría al yate, cuyas luces brillaban muy cerca, descuidadamente, sin que, en apariencia, nada tuvieran que temer.

Carl Allen se apoyó en la camioneta, y encendió un cigarrillo.

Le gustaba aquel ambiente. Brisa marina, fresca, el fragor de las leves olas espumeantes; el cielo poblado de estrellas... Tranquilo, silencio a su alrededor. Sí, aquella vida al aire libre constituía un bálsamo para los nervios.

A lo lejos brillaban las luces de Galveston. Pensó en Abby. La había dejado allí como una medida de precaución. La quería demasiado para exponerla a cualquier contingencia. Luego la iría a buscar. Todo era cuestión de media hora. Luego...

Luego a descansar una temporada. Lástima que el F. B. I. hubiera metido las narices en el asunto. De otro modo hubiera podido repetir rápidamente la operación y embolsarse otro cuarto de millón.

La fiebre del dinero fácil. Eso era.

Carl lanzó el cigarrillo y echó un vistazo al agua. Fue entonces cuando descubrió aquella figura humana, muy cerca de él. Asombrado, reconoció a Abby.

—¡Abby, pero...!

Se interrumpió. Palideció súbitamente. Allí, sonriendo irónicamente, había aparecido un hombre, que le apuntaba con una pistola.

—Se acabó, Carl —gruñó Robert—. ¿Qué te parece? No hay negocio. No habrá buena vida por ahí. Nada de eso, seguro. En cambio, os espera la «silla». Asesinatos y traición a los Estados Unidos. De todos modos, me gustaría ser yo quien te achicharrara, ¿comprendes?

Se acercó a Carl, después de empujar a Abby, y extrajo la pistola que el contrabandista guardaba en su funda axilar. Robert guardó el arma.

—Ahora, arriba, Carl. Y tú, muñeca. Nos vamos de aquí. Lo que me interesaba lo he conseguido. El platino no saldrá de aquí. Ni vosotros

tampoco, por supuesto. En cuanto a los del yate, no irán muy lejos. Todos conocemos la velocidad de las motonaves de las patrullas guardacostas. Andando.

Carl, en aquellos momentos, parecía hundido, derrotado.

Miró a Abby, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas de ira. La mujer se mordía furiosamente los labios.

—Lo siento, Carl —murmuró—. Nos sorprendió en el hotel, y... Ya sé que todo ha salido mal por culpa nuestra. Primero, no supimos ser discretos en el robo del coche. Luego, hemos tenido que liquidarle a la primera.

—Olvidalo, Abby —gruñó Carl.

Robert soltó una carcajada.

—Así me gusta que sepas perder.

—¿Te crees muy listo, desgraciado? —gruñó Carl, furioso—. ¿Sabes qué ocurrirá en cuanto pongamos en marcha el motor de la camioneta? Un montón de hombres saldrán detrás nuestro, ¿comprendes? Y no irás a ninguna parte.

Robert agarró la mano izquierda a Carl, por la cazadora, y le zarandeó.

—Todo eso lo sé —dijo—. Y precisamente lo que pretendo es llevar a esa gente a mi terreno A la carretera. Sonarán disparos. ¿Cuánto tardará en llegar un coche de la Policía? Creo que vosotros tenéis una idea equivocada de lo que significa formar parte del F. B. I. Yo, aquí, no podría enfrentarme a todos. Si me largo con vosotros solos, andando, pierdo la oportunidad de capturar a los demás. ¿Está claro, imbécil? Os necesito a todos; necesito ese platino; y el cuarto de millón. ¿Qué te parece?

Después de sus palabras, Robert empujó violentamente a Carl lanzándole contra la cabina de la camioneta. Luego, agarró a Abby.

—Tú conducirás, puerca. Y procura no desobedecer ninguna de mis indicaciones, ¿estamos? Ya sabes cómo las gasto con mujeres como tú. Arriba.

El odio brilló unos instantes en aquellas verdosas pupilas. No obstante, Abby recordaba perfectamente la dureza de las manos de Robert, y, como es lógico, esa clase de escoria sienten verdadero terror hacia el dolor físico.

Para ella era preferible la cárcel que darle motivos a aquel salvaje para que le pusiera las manos encima.

La mujer se introdujo en la cabina de la camioneta. Le siguió Carl, y, por último, Robert, que clavó el cañón de su pistola en las costillas flotantes de aquel hombre.

—Vamos ya, estúpida —gruñó—. Y tú quieto, cerdo. Te tengo mal clasificado, ¿comprendes? Y cuando a Robert Tingley se le mete alguien entre ojos, suele pasarlo bastante mal.

Roncó el motor y la camioneta empezó a avanzar por la parte superior de la playa, con ciertas dificultades.

Robert vigilaba atentamente, sin perder tampoco de vista a Carl. Sabía que el menor contratiempo podía costarle caro.

Y no. No, maldita sea. Estaba a punto de triunfar... Tendría que soportar al viejo Evans, pero casi seguro todo volvería a ser como antes. ¿Por qué no?

¿Y Joyce?

Ni la muchacha podría detener a Robert.

Joyce...

El agente especial empezó a considerarse un hombre desafortunado. Debía reconocer que aquella muchacha significaba para él algo distinto al resto de mujeres que había conocido. Sin embargo, algo parecía separarlos.

Robert apretó los labios. De acuerdo. ¿Y qué? No podía elegir a Joyce. Eso era indiscutible.

Y pensaba, con cierta amargura, en aquello, con la vista fija en las zonas que los conos luminosos de los faros dejaban visibles.

Temía el ataque antes de llegar a la carretera, con lo cual sus posibilidades de salir de allí con vida se verían minimizadas.

—Más rápido, tú —gruñó, dirigiéndose a la mujer.

Abby se humedeció los labios, y apretó el acelerador. Todos, allí, en la reducida cabina, sudaban. Calor. Tensión.

De súbito, cárdenos relámpagos rasgaron las tinieblas. Todos, allí, en la reducida cabina, sudaban. Calor. Tensión.

De súbito, cárdenos relámpagos rasgaron las tinieblas. Al propio tiempo, el seco estampido de las armas llegó a oídos de Robert y los otros.

Carl se permitió el lujo de soltar una burlona carcajada, que le costó un violento golpe en las costillas flotantes, que le dejó sin respiración.

—Sigue adelante —gruñó Robert—. Y cuidado.

Una nueva descarga penetró por las ventanillas de la camioneta, tras destrozar los cristales. Un agudo grito de dolor atronó la cabina, y el vehículo siguió adelante sin dirección, ya que Abby habíase derrumbado sobre el volante.

Carl, lívido, alzó la cabeza.

—Abby... pequeña... ¡Abby!

La hermosa mujer, con el rostro ensangrentado, no respondió. Había perdido el conocimiento. Carl, frenético, quiso revolverse contra Robert, pero este, fríamente, gruñó:

—Hazte cargo del volante. Carl. Hemos de salir de aquí, ¿estamos? ¡Rápido?

Carl apartó a Abby, cuidadosamente, y se hizo cargo de la dirección de la camioneta, cuando el vehículo ya perdía la dirección, y sus ruedas se hundían en la arena, lo que hizo maldecir furiosamente a Robert, ya que los del yate les seguían, cosa que resultaba relativamente fácil en aquel terreno,

y seguían disparando.

Robert procuraba conservar su sangre fría, cosa nada fácil en aquellas circunstancias. ¡Si consiguiera llegar a la carretera...!

La camioneta no pudo seguir. Una descarga reventó una de las ruedas traseras y el vehículo estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¡Frena! —gritó Robert—. ¡Frena, imbécil!

Carl obedeció.

—Abajo —gruñó Robert—. Saca de la cabina a esa mujer. Rápido. Como intentes moverte de junto a la camioneta te freiré a balazos. ¿Has comprendido?

Carl no le hizo caso. Se limitó a tomar a Abby entre sus brazos y dejarla luego sobre la arena, suavemente.

Con la ansiedad reflejada en sus pupilas, observó la respiración de la mujer, comprobando que aquella herida no era grave. Tan solo rasguños de cristales, que llenaban de sangre su mejilla izquierda.

Habían cesado los disparos, y Robert, tranquilo, sereno, en el interior de la cabina, esperaba ver algo. En todo caso, tenía una idea que tal vez diera resultado: situarse en el techo de la camioneta.

Aprovechando la oscuridad de aquella zona de la playa, Robert abandonó la cabina, y trepó hacia el techo.

Respiró hondo.

Seguro que no iba a ser fácil que aquellos tipos se salieran con la suya.

A

LAN oyó los disparos. Eran perceptibles desde bastante distancia. Apretó los labios, y miró a Joyce. La joven estaba muy pálida, y tenía los ojos húmedos.

—Tendremos que darnos prisa, chica —gruñó Alan—. Quisiera decirte que tienes valor. Tu posición no es fácil, ¿eh?

—Es la primera vez en mi vida que lucho —murmuró la joven—. No obstante, estoy decidida. Todo está perfectamente delimitado aquí: yo no quiero que Robert muera.

—Ya...

Habían cesado los disparos, lo cual intranquilizó a Alan. A lo lejos, divisaba la confusa silueta del vehículo, pero la oscuridad impedía ver nada más.

Alan corría, dejando a la joven atrás.

Joyce dio un largo rodeo, jadeando, sintiendo que sus pulmones iban a estallar, a causa del esfuerzo. Ella tal vez pudiera hacer algo. Tenía que hablar con su padre. No obstante, presentía la inutilidad de su esfuerzo. Los hombres se convertían en fieras cuando mediaba el dinero.

Sí... Todo aquello lo hacían por dinero. Y ella no había pedido nada. Su padre no era de los hombres que podían defenderse, diciendo que lo habían hecho por sus hijos. Lo hacía por él mismo, por su egoísmo...

Joyce había rebasado ya la camioneta, y seguía corriendo, por la húmeda arena de la playa. No tardó en ver las siluetas de los hombres que avanzaban.

—¡Papá! ¡Espera...!

Toombs miró vivamente hacia aquella figura que avanzaba a su encuentro. Maldijo furiosamente.

—Otra vez, ¿eh, Joyce? —gruñó—. ¿Qué malditos diablos haces aquí? ¿No te dije que no abandonarás el yate? Lo vas a estropear todo, estúpida... Lárgate. Vuelve al yate.

La joven permaneció unos segundos ante su padre jadeando intentando normalizar su respiración. Meneó la cabeza.

—Esta vez no, papá —dijo—. ¿No crees que ya me has perjudicado bastante? ¿Crees de veras que yo puedo estar orgullosa de ti? ¿Crees, acaso, que yo necesito ese dinero que ganas asquerosamente? No... Escucha.

La bofetada restalló en la silenciosa playa.

George sonreía burlonamente, junto a Toombs, mientras los cuatro

tripulantes del yate buscaban posiciones, cercando a la camioneta.

—¡Obedece, estúpida! —chilló Toombs—. Eso es cosa mía, ¿comprendes? ¿A ti qué diablos te importa?

Joyce procuró mantenerse serena.

—Ya te he dicho que esta vez sí, papá. Me importa, y mucho. No es necesario que por mí te molestes en realizar este negocio, ¿entiendes? Ni era necesario que te hubieras lanzado a esta vida.

Toombs miró fijamente a su hija. Notó que algo había cambiado en aquella muchacha displicente, que sabía aceptar, antes, las cosas tal como llegaban. ¿Por qué el cambio?

—No es momento de explicaciones, Joyce —murmuró aquel hombre—. Vuelve al yate. Aquí, en este asunto, no solo se trata de dinero, pequeña. Tú... tú no sabes... Yo respondo del fracaso con mi vida, ¿comprendes?

—Puedes huir, papá.

—No... no. Es tarde, Joyce. ¿Qué te ocurre?

La muchacha inclinó la cabeza. El cerdo de George había clavado en ella su mirada, y sonreía burlonamente.

—Tenemos a la pequeña Joyce enamorada —dijo George—. De un agente del F. B. I. Siempre he sostenido que la vida es algo extraña, seguro. Pero voy a darte un consejo, Joyce. Obedece a tu padre, y olvida. Por dos razones: Aquí no solo juegan los intereses de tu padre, sino otros muchos más importantes...

—Los de Alemania, ¿no? —repuso, tensa, Joyce.

—No, pequeña. Los nuestros. Los de todos los que hemos intervenido en este asunto, ¿comprendes? Muchos hombres luchan por lo suyo. Y es un absurdo que te hayas enamorado de un hombre del F. B. I. Esos hombres no son como nosotros, Joyce. Ni como tú, por supuesto. Aunque no quieras, llevas la sangre de tu padre. Una sangre despreciable... como la de los demás de nosotros claro.

* * *

Joyce había palidecido horrorosamente. Ante aquellas palabras miró a su padre, que con la cabeza inclinada, no hizo objeción alguna.

George seguía sonriendo. Y en su diestra empuñaba una pistola.

—Está bien —murmuró la joven—. Esto, papá, significa que nos separamos para siempre. Yo...

—Tú no te separas de nadie, Joyce —gruñó, tenso, George—. Seguirás nuestro camino. Eso es todo.

Joyce miró de nuevo a su padre.

¡Qué pequeño le parecía en aquellos momentos...! El hombre había intentado vivir como no le correspondía. Había luchado... había tenido

suerte. Ahora, Joyce descubría a su padre. Estaba allí, sin replicar a George, lo cual indicaba que le tenía miedo; que ni siquiera protestaba por lo que pudiera ocurrirle a ella.

Ruin.

Pequeño. Miserable.

Aquel era su padre.

¡DIOS...! Hacía bien en amar a Robert Tingley, aunque fuera lo único que pudiera hacer ya en su vida. O tal vez lo último que pudiera hacer.

—¿No dices nada, papá? —inquirió, dolorida.

Toombs respiró hondo. Había desaparecido su empaque de pacífico dueño de un yate. La piel de su rostro estaba arrugada; se le formaron bolsas bajo los ojos.

Se limitó a gruñir:

—George tiene razón. Joyce... vuelve al yate. Todo esto terminará bien para nosotros, y olvidarás. Es imposible lo que pretendes. Debes comprenderlo...

Joyce, muy serena, sonrió con desprecio:

—Creo que nunca has sido gran cosa, papá. Incluso me extraña ahora, al conocerte después de mis veintidós años, que sintieras necesidad de algo más de lo que tenías. No encaja.

—¡Cállate! —chilló Toombs.

—¿Qué te ocurre ahora? —inquirió la joven.

—Tú... ¡Bah! Tú no sabes... ¡Yo no elegí esto! No... no fui yo. Tal vez sea mejor que lo sepas. Yo, hija, en Filadelfia maté a un hombre. Una muerte estúpida; un asesinato, por una cochina... Por eso abandoné Filadelfia. Pero alguien se enteró. Alguien que me dijo: a nuestro servicio, o a la cárcel, o tal vez la «silla». ¿Qué podía hacer, Joyce? Elegí lo que me propuso aquel hombre... Desde entonces todo ha ido bien, aunque yo no pueda volverme atrás. ¿Cómo iba a dejarte sola?

Joyce parpadeó. Encima, su padre era un asesino...

Le costaba trabajo respirar, pese a la suave y fresca brisa marina. ¡Qué diferente lo veía todo en aquellos momentos...!

—Está bien, papá —musitó—. Pero supongo que comprenderás que ni eso es una disculpa.

George intervino, cortando la conversación.

—No estamos aquí para discutir asuntos familiares. Nuestros hombres están cercando la camioneta y hemos de intervenir. Cuanto antes tengamos el platino en el yate y nos larguemos de estas costas, mucho mejor. Esto... Joyce, algún día te acostumbrarás a esta vida. No es tan mala como crees. Vamos, Toombs.

Avanzaron, dejando sola a Joyce.

Al fondo, confusa, junto a la «seawall», se veía la camioneta, aunque

no los movimientos que se desarrollaban allí.

El silencio, en aquellos momentos, era impresionante en la tranquila playa.

* * *

Carl Allen dejó a Abby apoyada en la arena y dirigió una intensa mirada a las sombras, sin distinguir nada. Bien. Aquellos tipos sabían actuar. Cuando miró hacia el techo de la camioneta, distinguió a Robert, que estaba tendido, prestándole apenas atención.

Tal vez fuese una oportunidad. Por lo menos, debía arriesgarse. Si se prolongaba aquella situación, todo podía estropearse.

Por otra parte, el avance de los hombres del yate debía ser forzosamente lento, puesto que el terreno carecía de accidentes donde poder ocultarse.

Carl se decidió.

No obstante, cuando iba a saltar hacia la mano armada de Robert, una sombra brotó junto a él. Y oyó una carcajada.

Carl se revolvió bruscamente. Justo a tiempo de recibir un golpe asestado con el cañón de la pistola de Alan, que le partió el tabique nasal. Carl rebotó contra la portezuela de la camioneta, exhalando un ahogado grito de dolor.

Aun así, no se habían agotado sus ansias de lucha, o, mejor, su necesidad.

Saltó sobre Alan, alcanzándole con un puñetazo en el estómago. La respuesta del agente del F. B. I fue un directo al cuello que dejó a Carl sin respiración durante unos segundos. Otro golpe le dejó revolcándose por la arena.

Antes de que pudiera incorporarse, Alan llegó junto a él y falló un punterazo, dando ocasión a Carl a agarrarle un pie y retorcerlo salvajemente, derribando a Alan. A continuación, un puñado de arena dejó cegado al agente especial.

Carl, frenético, se echó sobre la pistola que había soltado Alan y rio silenciosamente, dispuesto a apretar el gatillo, contra aquel muchacho que, cegado, rodaba por la arena.

Fue entonces cuando sonó el disparo.

Robert, que había permanecido silencioso, quieto, contemplando la lucha, consideró que era obligado intervenir. Su proyectil surcó el aire, clavándose en un hombro de Carl, que dio media vuelta, apretando el gatillo de la pistola.

Robert se aplastó contra el techo de la cabina, oyendo él zumbido de las balas por encima de su cuerpo. Tranquilo, apuntando a matar disparó de nuevo, por dos veces.

Las balas penetraron en el pecho de Carl. Inmediatamente, por su

camisa a cuadros empezó a extenderse una gran mancha de sangre. Carl cayó de rodillas, haciendo aún esfuerzos por apretar el gatillo, sin conseguirlo.

Por fin, cayó de bruces, quedando inmóvil.

Alan, que se había estado quitando a manotazos la arena que Carl le había lanzado a los ojos, miró el cadáver y luego hacia el techo de la cabina.

Sonrió.

Aquel Robert Tingley sabía cómo hacer las cosas.

Se arrastró hacia Abby, que respiraba, agitadamente. Las verdes pupilas de la mujer, veladas por el dolor, se posaron sobre las de Alan.

—Tú, arriba —gruñó Alan.

La agarró por las axilas, y la colocó en el interior de la cabina. Luego trepó hasta llegar junto a Robert Tingley, cuya sonrisa indagó a Alan, aunque mordió las palabras.

—Hola, chico —rió Robert—. Llegas a tiempo.

—Buen trabajo, ¿eh, Robert?

—¡Hombre...! Creo que aún nos quedan unos cuantos tipos. Y no se entregarán, maldita sea. ¿Cómo diste conmigo?

—Joyce.

—¿Está aquí? —gruñó Robert.

—Sí. Tal vez haya intentado convencer a su padre. Mal pájaro, ¿no?

—Uh.

—Lástima —gruñó Alan—. La chica vale.

—Sí.

Alan cambió de posición, ocupándose de observar a la derecha. Gruñó algo. Le ponía nervioso no ver a aquellos tipos. En cuanto a Robert, sabía esperar. No podía escapársele aquel triunfo.

«Esto no es París —se dijo—. No es que me entusiasme luchar en espacios abiertos, pero a esos puercos les costará arrancarme de aquí».

El pensamiento de Robert siguió su curso.

Efectivamente, aquello no era París, ni una lucha de guante blanco, en la que triunfa la inteligencia. Allí, en aquella zona de oscuridad, el peligro estaba en que las balas no pueden ser descubiertas...

—Eh, Robert, siento curiosidad por saber algunas cosas —gruñó Alan.

—Luego. De todos modos, puedo empezar por decirte que el mérito no es mío, ¿comprendes? Tal vez lo único que puedo considerar como un triunfo es que Joyce se haya enamorado de mí. Ella ha sido la que me ha abierto todas las puertas.

—Ya.

—Esto... Alan, imagino que olvidarás lo ocurrido en el hotel, ¿no?

Alan sonrió burlonamente, sin mirar a Robert.

—Claro, hombre —dijo.

—Gracias, chico.

—¡Bah!

Robert se movió ligeramente, intentando captar de nuevo aquella fugaz visión; algo que se había movido a su derecha.

Lo que vio mejor fue la rojiza llamarada que brotó de una pistola, a escasa distancia de la camioneta. Robert se pegó al techo de la cabina, oyendo silbar la bala, a la que siguieron otras.

Disparó a su vez, y oyó un leve quejido.

Inmediatamente, se intensificó el fuego, aunque inútilmente, ya que tanto los federales como los contrabandistas estaban en difíciles posiciones, lo cual, naturalmente, favorecía a los del F. B. I., a quienes ya no importaba el tiempo, que, además, era un factor más a su favor.

Y fue en aquel instante cuando, desde la carretera, empezó a llegar, estridente, aguda, la sirena de un coche de la Policía.

Robert rio silenciosamente. Hubiera preferido vencer sin ayuda, pero aquello no quitaba mérito a su trabajo.

A

LDO Toombs, muy pálido, miró a su hija. La muchacha se mordía los labios y tenía los ojos fijos en los fogonazos que brotaban de la oscuridad y de vez en cuando miraba hacia el confuso montón que formaba la camioneta.

—Joyce... esto puede ser mi fracaso. Vete ya. Tú no tienes por qué sufrir las consecuencias. Huye de aquí.

—No puedo abandonarte ahora, papá —musitó la joven.

George les miró con ira. Ya no parecía tan elegante. Se había desprendido de la corbata y llevaba el cuello de la camisa abierto. En su mano brincaba la automática, de cuando en cuando.

Fue entonces cuando la sirena policial llegó a sus oídos. Se cruzaron miradas de inquietud entre los dos hombres.

—Vámonos, Toombs —gruñó George—. Esto está perdido. Avisaremos a los demás y tal vez podamos largarnos.

Toombs sonrió forzosamente.

—Yo soy el responsable, George. Yo no puedo abandonar. Lucharé hasta el último momento.

George se encogió de hombros.

En aquel momento, de improviso, un coche apareció por la carretera, por encima de la playa, y sus faros indiscretos recorrieron la zona arenosa, dejando al descubierto a los tripulantes del yate, que, lanzando maldiciones, empezaron a centrar su fuego en aquel coche misteriosamente aparecido.

Entre tanto, seguía aullando la sirena, mucho más cerca.

El sudor empezó a brotar por los poros de los contrabandistas. Era inútil ya pensar en triunfar. Ya solo se trataba de su vida.

El coche-patrulla repitió la operación del que había aparecido en primer lugar, esparciendo la luz de sus faros por la playa. Inmediatamente, un grupo de policías uniformados saltaron al suelo, y de sus metralletas empezaron a partir chorros de fuego.

El silencio truncado por las restallantes ráfagas. Las tinieblas rasgadas por los fogonazos y por los faros de los vehículos, cuya luz se cruzaba en un punto.

Dos de los tripulantes habían caído ya, y los otros, furiosos, acorralados, disparaban frenéticamente contra aquellas siluetas que les iban cercando.

Toombs había avanzado varios pasos y consiguió cegar uno de los faros del coche apostado en la carretera. No obstante, aquello delató su posición,

y dos proyectiles buscaron su cuerpo, clavándose en él con sordo chasquido.

Toombs lanzó un grito de dolor y cayó de rodillas sobre la arena. Siguió disparando. Luego se pegó al terreno y siguió avanzando, con la frente y el rostro cubiertos de arena.

Joyce, petrificada, se arrojó sobre él.

—Basta... ¡basta, papá! Te matarán...

Toombs tuvo fuerzas para sacudirse a su hija, y siguió avanzando, sin disparar, hasta que tuviera un blanco seguro.

Aquello era el final para Aldo Toombs. Seguro. Era mejor así. De todos modos su fracaso le hubiera costado igualmente la vida. Es más, muriendo liberaba a Joyce de él, de su asquerosa presencia. Ciertamente, ya le había hecho bastante daño.

Sí... Joyce sería libre y él habría luchado hasta el último momento, ya que ni pensar en dejarse atrapar con vida. Había que ahorrarle a la pequeña más vergüenza.

En aquellos instantes, Toombs pensaba en su vida. Todo fue mal desde que mató a aquel hombre, estúpidamente... No valía la pena...

De súbito, quedó cegado, sorprendido. Incapaz de moverse.

Frente a él, una linterna le cegaba, lanzando sus potentes rayos a los ojos de Toombs. Este, frenético, disparó varias veces, sin conseguir otra cosa que gastar balas, ya que los dos proyectiles que habían penetrado en su pecho hicieron inútiles sus esfuerzos.

Cayó de bruces sobre la arena.

Joyce, reprimiendo un grito, llegó junto a él, al unísono con dos hombres. Dos jóvenes muchachos que empuñaban sendas automáticas. Un tercero, más viejo, llegó luego.

—¿Qué? —gruñó el viejo.

—Están listos, señor —dijo uno de los muchachos.

—Ya... ¿Quién es la chica?

Joyce les miró, con los ojos llenos de lágrimas. Estaba arrodillada junto al cadáver de Toombs.

—Yo... Este hombre... era mi padre —murmuró.

El inspector Evans meneó la cabeza.

—Está bien. ¿Qué pintas tú en todo esto, pequeña? Mi nombre es Evans, del F. B. I.

Joyce suspiró.

De súbito, miró a su alrededor vivamente.

—¡George! —gritó—. ¡Se va a escapar...!

—Eh... ¿quién es ese George? Oye, chica... ¿puedes explicarme qué diablos ha ocurrido? —inquirió Evans—. Piensa que...

Se interrumpió. Achicó los ojos. ¡Maldita sea! Aquellos dos tipos

corrían como locos en dirección al mar. ¿Qué diablos...? Pero si uno de ellos era Robert... el maldito Robert...!

—Señor... —murmuró uno de los agentes.

—A callar, Bruce. Veamos qué ocurre. Ya te has dado cuenta de quién es el que sigue a aquel tipo, ¿no?

—Seguro.

Joyce fijó sus pupilas en aquellas dos siluetas que ya estaban penetrando en el agua. Se mordía los labios para contener su ansiedad.

George comprendió que era inútil seguir luchando. Estaban acorralados y lo único que aún problemáticamente, podía sacar de allí, era la vida.

Por tanto, cuando vio caer a Toombs, decidió que lo mejor era largarse a toda velocidad. ¡Al diablo...! Él apreciaba mucho su existencia. Y aun sin dinero se podía vivir. En cuanto a los fulanos de Tampico... que siguieran esperando el cargamento.

Echó a correr hacia la playa. Les engañaría simulando que se dirigía hacia el yate, cuando muy bien, con el bote, que estaba cerca, podía dar la vuelta a la isla de Galveston y llegar a Port Bolívar, y seguir la costa, hasta Louisiana.

Pero cuando George corría, fue descubierto por alguien, Robert Tingley.

El agente especial soltó una carcajada seca, amenazadora y saltó a la arena, sin molestarse en dar una explicación a Alan, que, asombrado, le siguió con la vista.

La carrera por la arena era fatigosa, dura.

El sudor corría a chorro por el cuerpo de Robert Tingley, pero el agente especial estaba dispuesto a atrapar a George, al que había reconocido instantáneamente.

—Espera, gusano... Espera, sucio. Tú no te sentarás en la «silla». Te reservo otra clase de muerte, cochino. De todos modos, uno de esos marineros está preso, así que sabremos todo cuanto nos interesa. No eres necesario ya, hermoso George... En realidad, no has sido necesario nunca, puerco. ¿Para qué malditos diablos naciste? Ju. Ya tienes miedo, ¿eh? Sí. Aún has de pasar más... Verdadero terror. Te lo jura Robert Tingley.

Robert Tingley corría como nunca, acortando visiblemente la distancia que le separaba de George.

Este, sudoroso, con la garganta apretada por el miedo, volvió la cabeza, emitió un ronco chillido al ver tan cerca a Robert. Ya estaba penetrando en el agua cuando se volvió, sin detenerse, y disparó contra Robert, fallando, claro.

Robert sonrió. Recordó el axioma de la Academia de Quantico: no aprietes jamás el gatillo mientras corres.

Cuando George quiso apretar el gatillo por segunda vez, ya el cuerpo

del agente especial surcaba el aire y chocaba contra el de George, cayendo ambos al agua.

Robert soltó una risotada, mientras, sereno, alcanzaba a aquel hombre con un zurdazo al hígado. George abrió la boca y se atragantó de agua salada, que escupió violentamente al rostro de Robert.

Inmediatamente, George lanzó dos puñetazos al rostro del agente del F. B. I. obligándole a retroceder, algo aturdido.

Intentó correr, pero Robert, furioso, saltó sobre él, agarrándole por el cuello. El brazo derecho de Robert se enroscó con fuerza en torno a aquella garganta, mientras el puño izquierdo aplastaba la correcta nariz del hermoso George.

—Co... chino... ¿Qué te dije, desgraciado...? —balbucía Robert—. Te dije que me gustaría estropearle el rostro, ¿recuerdas? Sí... ¿Y recuerdas a aquella muchacha? ¡Qué fácil fue decir: líquídala, Poppy...! ¡Qué fácil, maldito!

Le soltó el cuello y dejó a George de rodillas en el agua.

Los puños de Robert, fríamente, científicamente, empezaron a machacar aquel rostro, aplastándole, ensangrentándolo. De vez en cuando, agarraba por los cabellos a George y le introducía la cabeza en el líquido, limpiándole la sangre.

George boqueaba, aturdido, angustiado, cegado ya.

—Bas-basta... me... me entregaré...

—No... Ni hablar, cerdo. Si acaso, cuando yo esté ya satisfecho...

Aquello dio un margen a George, que consiguió saltar y colocar un directo a la garganta de Robert. A continuación, un brutal punterazo en el bajo vientre, que estuvo a punto de llegar a su destino.

Aquel fallo fue fatal para George, puesto que despertó con terrible fuerza la fiera de Robert Tingley. Ya no hubo miramientos ni compasión, ni ciencia en los golpes.

Fue algo brutal, salvaje. El cuerpo de George, zarandeado, magullado, aplastado. Cayó al fin, de bruces en el agua, sin sentido.

En aquel instante, una voz, que parecía provenir de muy lejos, llegó a oídos de Robert.

—¡Sácale de ahí, Robert! ¡Es una orden!

Robert reaccionó. Sí... Aquello hubiera sido un asesinato... Agarró a George y, arrastrándolo, lo llevó hasta la arena. Luego, lo depositó en tierra, mientras respiraba dificultosamente, agotado por aquella lucha. Chorreando agua, con los cabellos pegados a la frente, y las ropas al cuerpo.

Se dio cuenta de que estaba rodeado de gente, que le miraba de una forma extraña. Le miraban bien, ¡diablos! Con una pizca de admiración, lo cual, en las pupilas de los agentes del F. B. I. era mucho.

Por fin, consiguió sonreír, con su habitual ironía.

—Lle-llegaron a tiempo, señor —dijo—. Supongo que es una tontería preguntar cómo, ¿no?

—Claro —gruñó el inspector Evans—. De todos modos, tal vez me decida a formarte un expediente por rebeldía, muchacho. He llamado cuarenta veces al hotel en que te alojaste antes de decidirme a venir. Como tampoco Alan daba señales de vida, cogí a los muchachos... y... Bien. Un guardacostas oyó disparos y corrió a comunicarlo a la Policía. Ya fue fácil llegar aquí.

—Ya.

Robert, inquieto, miraba en torno. Buscaba algo. Una silueta que le era familiar. Una figura de mujer... Una mujer cálida, joven, llena de vida... ¿Dónde estaba?

Le interrumpió la voz de Evans.

—Oye, Robert, voy a hacer una excepción contigo... Te doy veinticuatro horas de plazo para que hagas un informe, y... Y para que busques una justificación a tu actitud que resulte satisfactoria. ¿Estamos?

—Seguro, señor —sonrió Robert.

En aquel instante, George recobraba el conocimiento y miró a su alrededor, con los ojos inyectados en sangre, con expresión de miedo, de acorralamiento.

—Levántate —gruñó Evans.

Entre el inspector y Robert ayudaron a George. El inspector aprovechó el momento para deslizar al oído de Robert:

—Estupendo trabajo, muchacho.

Nada más.

Poco después, la patrulla de policía y los del F. B. I. llegaban junto a la camioneta, donde Abby continuaba inmóvil, estupefacta, incrédula. Todo había salido mal... Todo. Fue obligada a abandonar la cabina y fue cuando vio el cuerpo de Carl, retorcido tendido en la arena. Se acercó allí.

Suavemente, acarició los cabellos del muerto.

Por fin, un sollozo estremeció su hermoso cuerpo. Una vez que amaba de verdad en su vida...

Abby llegó a creer que podría cuanto tocaba. Sí. Aquella vida era tan corta. Intensa, llena de emociones, pero demasiado corta. Y costaba muchas lágrimas, y tal vez algo más.

Notó un contacto en su hombro. Miró hacia arriba. Vio un rostro serio, correcto.

—Vámonos —dijo una voz.

—Sí... sí.

Robert dejó de prestar atención a aquella mujer. Sonrió burlonamente al darse cuenta de que el marino y George hablaban a la vez,

atropelladamente, explicando las cosas. Bien. Tenía veinticuatro horas de tiempo...

Allí todo eran preparativos para desalojar la playa.

Robert se acercó a Alan.

—Se me han mojado los cigarrillos, Alan —dijo.

Alan le miró, sonriendo. Le tendió su paquete de tabaco y Robert encendió uno con la llama que le ofrecía Alan.

—¿Qué piensas hacer, Robert? —inquirió Alan.

—¡Hombre...! Seguir viviendo.

—Ya... ¿Solo?

Robert se humedeció los labios, encontrando regusto a salitre.

—Si es posible, no —gruñó.

—Eres un maldito vejestorio con suerte, Robert Pero me alegro, de veras. Siempre hemos sido amigos, ¿no? La verdad, yo he aprendido mucho de ti. Incluso el valor del compañerismo.

Robert frunció el entrecejo y miró fijamente a Alan.

—Oye, tú... ¿qué diablos quieres decir?

—Nada, hombre —rio Alan.

Iba a alejarse de allí, pero Robert le detuvo agarrándole de un brazo.

—Eh, espera... Me has hecho algún favor, ¿no? Ya... —Robert permaneció pensativo unos instantes—. Oye, no contestes si no quieres pero, ¿te reíste mucho de mí cuando yo me bañaba, en el hotel?

—Bah...

—¡Oye!

Alan se iba. Iría a reunirse con los demás. El inspector Evans estaba dando las órdenes oportunas para que una ambulancia fuese a recoger los cadáveres tendidos en la arena.

Mientras tanto, Robert se encogió de hombros. Le quedó la duda de si Alan le había dejado escapar del hotel. Bien. Ya no tenía demasiada importancia... ¿Dónde diablos estaba Joyce?

—Robert... ¿vienes?

Era el inspector.

Robert tardó unos segundos en responder... De súbito, se habían alterado los latidos de su corazón al ver a Joyce, aún arrodillada junto al cadáver de su padre.

—Pues... me gustaría respirar un poco más esta brisa, señor —murmuró—. Me encanta la playa, ¿sabe? Cuando estuve en la Costa Azul pasé...

—¿Sabes una cosa, Robert? ¡Vete al diablo! ¿Crees que soy idiota?

Y Evans se largó, bufando.

Poco después sonaba el rugido de los motores, que se iba alejando, dejando en silencio, absoluto silencio, la playa.

Robert, despacio, fue acercándose a Joyce, que, inmóvil, le veía llegar.

Los ojos de la muchacha ya estaban secos. Y tenían aquel brillo de juventud que impresionaba a Robert.

—Joyce —musitó el agente especial.

La joven se incorporó y se acercó a Robert. En silencio se abrazó a él, con fuerza, ansiosamente, como si temiera que Robert solo fuese una sombra que podía escapar de entre sus brazos.

—Temí que no vinieras, Robert —murmuró la joven.

—Bah... Tendría que estar loco, pequeña. Te juro que te quiero.

Luego, separándose, quedaron mirando el cadáver de Aldo Toombs.

—Lo siento —murmuró Robert.

—Tenía que suceder, Robert —repuso la joven—. Cuando se comete el primer error y no se consigue volver atrás, la vida se convierte en un cúmulo de equivocaciones. Y yo... yo no supe darme cuenta a tiempo. Tal vez algo de culpa sea mía. Me limité a vivir con la comodidad que me proporcionaba mi padre, sin sospechar la envergadura de sus sucios negocios.

—No pienses más en eso, pequeña.

Joyce suspiró.

Se sentaron en la arena, en silencio. Esperarían a que la ambulancia fuese a recoger los cadáveres.

* * *

Avanzaron por la cuneta de la carretera. De vez en cuando, un automóvil pasaba veloz junto a ellos, proporcionándoles un poco de aire.

Estaban ya cerca del hotel La Cruz, cuya pérgola estaba iluminada, brillante. Y seguía incesante la música. No parecía haber ocurrido nada en el hotel, del que se habían extraído discretamente los cadáveres de Lindall y Poppy.

Parejas bailando, otras bebiendo «gin» con hielo...

—Robert... quisiera decirte algo: sabré amoldarme a tu sueldo de agente del F. B. I. Te lo juro, querido. Todo esto ha sido un sueño que... que no me correspondía. Y me alegro de que sea así.

Robert la miró, algo asombrado. ¡Diablos! Bueno, estaba claro, la chica no tenía por qué saber que él sudaba millones, aunque pasaba mucho tiempo sin recordarlo. Y que aún tenía un padre rico en California...

Ju. Sería una buena sorpresa para Joyce, cuando llegara a California... Seguro. Y Robert empezó a imaginar su luna de miel entre los naranjos de la dorada California.

—¿No contestas, querido? —inquirió la joven.

—¿Eh? Sí, claro...

Allí terminaba el jardín del magnífico hotel. Hermosos arbustos, cuyas hojas se movían ligeramente, impulsadas por la brisa. Música lejana.

Y Joyce.

Muy cerca.

—A los treinta y cuatro años, Robert, te vas a comportar como un chiquillo —se dijo el agente especial—. ¿Y qué? La vida es así...

—Joyce...

La arrastró hacia aquel rincón sombrío, fresco.

Sin palabras. ¿Eran necesarias?

Los labios de Joyce, húmedos, frescos, se alzaron hasta quedar aprisionados en los de Robert. Fue un beso largo; una entrega.

Luego, Robert, suspiró.

Maldita sea... tenía que hacer el informe para el inspector Evans. ¡Bah! ¡Al diablo el informe! Luego, pensó en Alan. Estupendo muchacho, sí. Tal vez algún día pudiera devolverle el favor. ¿Por qué no? En la vida siempre existe la oportunidad. Para todo. Para triunfar, para amar...

Otro beso. Robert solo veía aquel hermoso rostro; el brillo de los ojos de Joyce...

Y oyó una voz:

—Largo de aquí. Voy a cerrar el jardín.

El uniformado jardinero del hotel sonrió burlesco, viendo alejarse a la pareja, casi corriendo.

Música. Rumor de mar.

FIN



RR
EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid) 10
Ptas.



**Concesionarios
exclusivos en América**

EDITORIAL AMERICA, S.A.

**2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA**